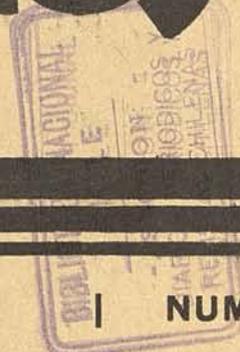


ESTUDIOS



AÑO II



ABRIL DE 1934



NUM. 17

INDICE

	<u>Págs.</u>
DOS ENSAYOS SOBRE EL MAESTRO, por Manuel Atria	1
LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO, por Ricardo Cox Méndez	4
HACIA UNA CULTURA IBERO-AMERICANA	16
DE TODO EL MUNDO	23
CARLOS MARX, por Francesco Olguiati	30
EL CATOLICISMO Y LA CRISIS MUNDIAL, por R. P. Coulet	35

"ESTUDIOS"

REVISTA MENSUAL

Fundada por el Centro de Estudios Religiosos

OFICINA: AHUMADA 360

CASILLA 2081 - TELEF. 88573

SANTIAGO

SUSCRIPCION:

UN AÑO..... \$ 18.00

NUMERO SUELTO..... „ 1.60

LEA UD.

“*El Cristiano hombre de Acción*“, por A. Mahaut.

“*La Doctrina Social de la Iglesia*“, por P. G. C. Rutten.

“*Boletín de la Academia Chilena de la Historia*“

“*La Constitución de 1833*“, por Antonio Huneeus.

EN VENTA EN LA

Librería Cultura Católica

Delicias 1626

— SANTIAGO

ESTUDIOS

PUBLICACION FUNDADA POR EL
CENTRO DE ESTUDIOS RELIGIOSOS

Secretario de Redacción: JAIME EYZAGUIRRE
CASILLA 2081 - SANTIAGO DE CHILE

Año II

Abril de 1934

Núm. 17

DOS ENSAYOS SOBRE EL MAESTRO

La vida oculta.

La vida de Jesús es toda una enseñanza. Mejor dicho, es toda la enseñanza. Quién la supiera de memoria, no tendría nada más que aprender. Quién la meditara en el silencio de su corazón y la imitara en la aspereza de su jornada, no tendría nada más que meditar y toda otra imitación le sería inútil. Allí están resueltos los problemas más escabrosos con una sencillez de agua clara. Allí está el deseado secreto de la perfecta alegría, la clave maravillosa de la felicidad sin límites. Pero los hombres no comprenden lo que se les dice con palabras fáciles. Tampoco comprenden la luz. Prefieren encerrarse en sus tinieblas, en los subterráneo nauseabundos de sus almas miserables. Y por eso no han sabido leer la enseñanza caritativa del Maestro.

Jesús es maestro desde la cuna. He aquí "el hombre espiritual por excelencia", tanto vale decir, el hombre humano por excelencia. Nadie, como El, vivió tan intensamente la vida, y por eso nadie, como El, supo morir tan intensamente. En su vida está toda la belleza trágica de la vida; y en su muerte, toda la belleza consoladora de la muerte. Quién logre seguir, aunque sea de lejos, su camino, será hombre acabado.

Así su vida oculta, escondida entre las montañas de Galilea, ignorada de los soberbios, es un modelo claro de existencia. Aunque nada supiéramos de ella, siempre podríamos presentir la enseñanza. Treinta años demoró su vida oculta. Hay en este número una luz y un ejemplo. El, que venía a hacer la obra más grandiosa que han hecho los hombres, fué durante treinta años un desconocido entre los hombres. El, que desde la eternidad lo sabía y lo poseía todo, estuvo treinta años preparándose en el silencio.

Nosotros en cambio sentimos la necesidad de acción. Todavía ignoramos las cosas esenciales y ya nos lanzamos a la vida con la seguridad imbecil de los presuntuosos. Queremos salvar el mundo, y aún no somos capaces de crear el hombre nuevo en nuestro corazón. Por eso fracasan nuestras obras. Porque miramos hacia afuera, hacia la miseria y las injusticias de los demás, hacia las posiciones que otros alcanzaron quizás para su perdición, antes de formar el hombre interior, el hombre de la razón y de las virtudes.

El, por el contrario, vivía obediente a sus padres, sumiso, y crecía en gracia delante de Dios y de los hombres. El verbo "crecer" es una reminiscencia humana del Evangelista, una manera de decir. Jesús que era dueño del mundo, que era Dios, no podía crecer en gracia porque la poseía toda,

porque Dios no es susceptible de aumento; pero se dice crecer para que nosotros tomemos enseñanza y no olvidemos que nuestra existencia debe ser un perpetuo crecimiento en el camino de la virtud y del bien. Es necesario recalcar que este crecimiento no es el crecimiento físico que también lo adquieren los idiotas enemigos de Dios; es el crecimiento del hombre interior, el crecimiento en gracia delante de Dios y de los hombres.

¡La vida oculta de Jesús! Nada nos importa lo que teorizantes estúpidos digan de ella. ¡Qué dejen escaparse a la imaginación así como dejan escaparse sus instintos de bestias! Dios sabrá lo que hará de ellos en su hora. Nosotros, entretanto, debemos extasiarnos en la meditación de la vida más hermosa que ha vivido hombre alguno: treinta años de preparación en silencio para hacer en tres años la inmensa tarea de cambiar la faz del mundo y los corazones humanos, y para redimir en tres días la humanidad doliente.

Como los hombres...

Nosotros, los que creemos en El, no estamos acostumbrados a considerarlo como un hombre. Jesucristo es Dios, casi exclusivamente Dios, y aceptamos su encarnación porque es dogma; pero no la sentimos hondamente. Tenemos la naturaleza herética, y necesitamos hacer un esfuerzo de voluntad, muchas veces difícil y hasta doloroso, para convencernos de que también fué hombre de carne humana. Por una idealización, no muy cuerda, no consideramos en El, este aspecto de su Persona divina. Otros, más desgraciados, se olvidan de que es Dios y blasfeman su nombre. Pero si nosotros, los que decimos amarle, sintiéramos su naturaleza humana, quizás viviríamos más cerca del tesoro inefable de su corazón.

El mismo, al empezar su vida pública, quiso recordarnos que era hombre como nosotros y que no quería perder su prerrogativa de serlo. Aunque estaba libre de toda mancha, Jesús vino también a orillas del Jordán para ser bautizado como los hombres. Había nacido de mujer como los hombres; había sufrido inclemencia, miseria y hambre. Después, como los hombres más miserables, no tendría ni una piedra donde reclinar su cabeza. Vivió, como quienes comprenden la profesión de hombre, del trabajo que dignifica. El cansancio se apoderó de su cuerpo, y sufrió y lloró como los hombres. También, como ellos, rogó al Padre que está en los cielos. Por eso, al iniciar su vida pública, lo primero que hizo fué reclamar su prerrogativa de hombre. "Dejadme hacer ahora, que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia".

Pero los que somos únicamente hombres, cuán pocas veces sabemos serlo. Dejamos que nos dominen las pasiones y los apetitos. Como los imbéciles nos llenamos de soberbia; y, si no rogamos al Padre que está en los cielos, tampoco bajamos al agua que purifica. Hay en nuestra naturaleza un principio de mal, y es inútil que con nuestras propias fuerzas queramos libertarnos. Siempre tendremos que implorar los auxilios sobrenaturales. Esta es la posición verdaderamente humana: estar de rodillas delante de Aquel que nos conforta. La humildad es la virtud más difícil y es por eso la virtud más necesaria.

Cuán felices seríamos, aún en la tierra, si supiéramos lo que vale ser

humilde, es decir si supiéramos lo que vale ser hombre. Porque ser hombre, verdadero hombre, es comprender el lugar que ocupamos en el mundo, y no salirse de ese lugar ni por todos los tesoros del Universo. Jesús se dió cuenta de su dignidad humana y bajó a orillas del Jordán para ser bautizado con agua. Después irá al desierto y vendrá allí el enemigo a tentarle como a los hombres. He aquí un ejemplo maravilloso de humildad que eleva, la humildad del Hijo en quien el Padre tiene toda su complacencia.

MANUEL ATRIA.

Ricardo Cox Mendez.

La Divinidad de Jesucristo probada por su Proceso⁽¹⁾

Allá por los años 1890, si mis recuerdos no me engañan; es decir, hace unos cuarenta y tres años, hubo en París una polémica famosa que fué seguida con el mayor interés por la Francia entera, y puede decirse por toda la Europa intelectual

Uno de los polemistas era el señor Fernando Brunetière, a la sazón catedrático de literatura francesa en la Sorbona, miembro de la Academia Francesa, director de la Revista de Ambos Mundos, y considerado en esa fecha como el primer pensador crítico de la Francia.

El otro polemista era Mons. Hulst, uno de los más eminentes miembros del alto clero francés, escritor, orador y conferenciante notabilísimo, ex-Rector del Seminario de San Sulpicio, y en la fecha Director del Instituto Católico de París.

Los dos polemistas estaban a la altura el uno del otro.

El señor Brunetière que algunos años más tarde se convirtió ruidosamente al catolicismo, era considerado en la época a que me refiero como un libre pensador; pero un libre pensador que ya ocasionaba serias inquietudes al mundo del libre pensamiento.

El señor Brunetière afirma esta aseveración: "La Divinidad de Jesucristo es una verdad de orden religioso, es decir, una creencia, una fe; pero no es una verdad demostrable en el terreno de la historia".

Mons. Hulst le había contestado: "La Divinidad de Jesucristo es más que una verdad religiosa, más que una creencia y que una fe: es una certidumbre histórica, que se demuestra como cualquier otro hecho histórico por el testimonio de los contemporáneos que ha llegado hasta nosotros en libros estimados como auténticos por la ciencia moderna".

Brunetière insistió con mayor fuerza en su modo de pensar. Hulst insistió en el suyo,

también con mayor fuerza y con nuevos argumentos.

La polémica, como pasa generalmente, se puso agria. Brunetière perdió la serenidad, y al cabo de varios artículos, en los cuales el diapasón había ido subiendo poco a poco, calificó a Mons. Hulst de "pedante". El eclesiástico guardó silencio, y con esta noble actitud le puso punto final a la famosa polémica.

¿Qué afirmación de Mons. Hulst había sulfurado al señor Brunetière? La siguiente, hecha en forma de silogismo:

"Según los textos evangélicos considerados por la ciencia como auténticos, Jesús de Nazareth hizo una multitud de milagros y se proclamó a sí mismo Hijo de Dios; quien hace milagros proclamándose a sí mismo Dios o Hijo de Dios, es Dios en realidad; luego, al revés de lo que piensa el señor Brunetière, la Divinidad de Jesucristo es demostrable en el terreno de la historia".

Por mi parte, y terciando hoy en este debate célebre del siglo XIX, participo de un modo absoluto de la opinión de Mons. Hulst.

De un hombre que opera un milagro tal como la resurrección de un muerto en estado de putrefacción, como lo hizo Jesucristo el 2 de Marzo del año 33, y que en seguida dice, o ha dicho antes: "Yo soy el Hijo de Dios", ese hombre es en realidad Dios, o Hijo de Dios, que da lo mismo.

Por consiguiente el nudo de la cuestión está en que el milagro tenga o haya tenido realidad histórica. Llenada esa condición, el milagro es una premisa de la cual la Divinidad de Jesucristo fluye como consecuencia lógica.

Pero he aquí que la escuela racionalista contemporánea, o mejor dicho las escuelas, porque son un centenar, vienen y nos dicen a los creyentes:

"Para vosotros, que tenéis fe, que tenéis la fe, los milagros son una realidad histórica,

(1) Conferencia dictada en el Teatro Miraflores bajo los auspicios del Centro de Estudios Religiosos el 28 de noviembre de 1933.

y ellos engendran en vosotros la creencia en la Divinidad de Jesucristo. Pero para nosotros que no tenemos fe, los milagros evangélicos aparecen en la historia no como hechos de que los evangelistas hayan sido testigos sino como **creencias** nacidas treinta, cuarenta, hasta cien años antes de que ellos las redactaran de buena fe y las incorporaran al texto de sus relatos. Para emplear un término técnico de la exégesis bíblica, los milagros de Jesús redactados por los Evangelistas eran una simple **catequesis**, es decir una enseñanza que se transmitía de boca en boca, pero no hechos históricos. Por eso ellos no nos inspiran plena fe, aunque nos inspiran respeto. En cambio, nos inspiran plena fe y profundo respeto todo el resto del relato evangélico, hechos y doctrinas, que la ciencia moderna ha incorporado ya definitivamente a la historia positiva de la humanidad”.

Hasta aquí llegan de ordinario las polémicas en torno de los milagros evangélicos; este es el punto muerto en que termina generalmente toda discusión entre creyentes e incrédulos sobre los fundamentos históricos de la religión cristiana.

Ante esta actitud del racionalismo contemporáneo, el creyente propagandista de sus ideas y apóstol de su fe, se siente como ante una puerta cerrada, pero que es preciso abrir.

Es lo que me propongo hacer en esta ocasión.

Puesto que la prueba directa de la Divinidad de Jesucristo que consiste en señalar uno a uno los milagros del Evangelio dejando constancia de la autenticidad de los textos, no convence a los racionalistas, apelemos a una prueba indirecta.

Suprimamos, por un instante, todos los milagros de Jesucristo que son **setenta**, y veamos las consecuencias que esta supresión trae para su proceso y su condenación a muerte, que son hechos históricos aceptados por el racionalismo y que nadie discute.

Si no es cierto que Jesucristo haya hecho milagros; si no es cierto, como lo pretende Renán, que se haya proclamado a sí mismo

Hijo de Dios ¿por qué fué arrastrado ante el tribunal del Sanhedrín; por qué fué procesado, condenado a muerte y ejecutado?

¿Se condenó a muerte acaso al moralista que había dicho entre otras cosas sublimes: “Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen; orad por los que os persiguen y calumnian”?

Una estatua le habría elevado el Sanhedrín a ese moralista si no hubiera enseñado más que eso, en vez de condenarlo a muerte.

¿Fué Jesús condenado a muerte por el Sanhedrín porque en otra ocasión había dicho: “Bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurado los mansos y humildes de corazón porque ellos poseerán la tierra”, y las demás bienaventuranzas que forman en conjunto el inmortal sermón de la montaña?

¿Sería condenado Jesús al suplicio de la cruz por ser el autor de las setenta parábolas del Evangelio, entre las cuales hay algunos poemas como el del Buen Pastor y el del Hijo Pródigo, cuya belleza literaria y moral no ha sido superada jamás por ningún poeta?

Basta formular estas preguntas para ver el absurdo que contiene cada una de ellas.

“Ah! nó, nó; mil veces nó”, exclaman espantados los negadores de los milagros de Jesucristo ante estos absurdos que saltan a la vista y ofenden el sentido común; “Jesús no fué condenado ni por moralista, ni por orador, ni por poeta. Hubo otra razón para su proceso: El encarnaba un movimiento popular que podía conducir a una sedición, a una subversión del orden público. Las autoridades de Israel, inquietas ante este movimiento creciente que observaban con mucha atención, optaron por eliminar al que era su cabeza visible; así se explica el proceso y la condenación a muerte de Jesús de Nazareth.”

A esta insolente falsificación de la historia se ven forzados los que niegan los milagros y la Divinidad de Jesucristo. Como despojado de sus milagros y de su Divinidad,

Jesús queda reducido a un simple moralista, a un orador y a un poeta; y como sería estúpido afirmar que un moralista, un orador y un poeta pueda ser condenado a la pena capital por ser moralista, orador y poeta, entonces inventan un Jesús agitador y sedicioso del cual no hay el menor rastro ni el más leve indicio en los Evangelios que son la única historia auténtica que de Él poseemos.

Ya es tiempo de señalar la única y verdadera causa del proceso y condenación a muerte de Jesús de Nazareth. Para ello bastará con asistir a él desde que se inicia.

Aquella noche, la noche del 6 al 7 de abril del año 33 de nuestra era, separada hoy de nosotros por 1900 años, seis meses y 21 días; y sin embargo tan cercana, tan presente, tan actual; aquella noche, la más solemne noche de la historia de la humanidad; la noche de la Última Cena de la Eucaristía; la noche de las mortales angustias de Gethsemaní y de la traición de Judás; y en que el Liberador de la conciencia humana fué aprisionado; aquella misma noche, a eso de las diez, compareció el Divino Reo ante Anás, con las manos atadas por una cuerda.

Y en presencia de Anás el puño de un lacayo dió la primera bofetada al pálido y divino rostro.

A media noche fué arrastrado ante el Gran Consejo de Sacerdotes, Escribas y Ancianos, reunido precipitadamente y presidido por Caifás, el Sumo Sacerdote de aquel año.

Caifás lo iba a juzgar.

Pero aquel interrogatorio a que iba a ser sometido no era más que una hipócrita formalidad legal; porque en realidad, y como lo explicaré más adelante, Jesús había sido condenado a muerte ya por el Gran Consejo en los primeros días de Marzo anterior, tan pronto como él tuvo noticias fidedignas de la resurrección de Lázaro.

—¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios Bendito?— le preguntó Caifás. Dinoslo... Yo te conjuro en nombre de Dios vivo.

—Tú lo has dicho,— respondió Jesús.

Y saliendo del momento presente, y recorriendo la sucesión de los siglos hasta el úl-

timo día de los tiempos, y abarcando con su pensamiento omnisciente la existencia toda de la humanidad hasta el instante de su final agonía, añadió:

“Y os lo declaro, veréis un día al Hijo del Hombre, sentado a la diestra de la Potencia divina, y viniendo sobre las nubes del cielo.”

—“¡Ha blasfemado!—Merece la muerte!” fué la exclamación unánime de la asamblea cuando el Reo maniatado que tenía delante se hubo declarado el Hijo de Dios; y anunciado como Soberano Juez para el último día de los tiempos.

El divino Reo fué arrastrado a un calabozo, mientras la autoridad administrativa romana revisaba la sentencia del Tribunal eclesiástico y autorizaba su ejecución.

Y en el camino al calabozo, los hombres de armas encargados de su custodia “le infligieron toda clase de ultrajes, vomitando sobre él las más abominables blasfemias”, según la terrible frase del evangelista.

Cada vez que leo en la historia esta escena terrible, mis ojos se humedecen, y con el pensamiento y el corazón fijos en ese Reo inocente, me sumerjo en profunda meditación.

¿Cómo es posible, me digo, que siendo esta una historia verdadera, la más verdadera y comprobada de las historias, cuya autenticidad y veracidad han soportado triunfalmente las más severas exigencias de la crítica contemporánea; cómo es posible que el Género humano todo entero no sea todavía, después de diecinueve siglos, adorador unánime del Cristo?

Esta escena no es un milagro, ciertamente.

Fué aceptada como un hecho desde la cuna misma del cristianismo; y en la sucesión de los siglos ningún historiador razonable la ha negado jamás.

Empero, alguno de ellos, comprendiendo a fondo su significado histórico, y contando demasiado con la ignorancia y con la crédula buena fe de las muchedumbres, han tratado más de una vez, de alterar su fisonomía, falsificando audazmente los motivos de la condenación a muerte de Jesús.

“Fué condenado, dicen, por razones po-

líticas; fué condenado por agitador público, por predicar entre las muchedumbres ideas subversivas.”

¡Falso! escandalosamente falso!, como ya lo dije al principio.

Ahí están todos y los únicos textos en que la escena se relata; ahí está el testimonio único de la tradición universal, que en la más completa concordancia declaran que Jesús de Nazareth fué condenado a muerte, por las autoridades eclesiásticas de Israel, única y exclusivamente porque se había proclamado a sí mismo delante de todo el pueblo Hijo de Dios, como delante de ellos se estaba proclamando una vez más.

El motivo de la agitación pública y de las doctrinas subversivas fué precisamente la calumnia inventada para obtener de la autoridad romana la confirmación de la sentencia.

¿Eres tú el Hijo de Dios bendito?— Dínoslo... Yo te conjuro en el nombre de Dios vivo...

—Tú lo has dicho... Y os lo declaro, veréis al Hijo del Hombre, sentado a la diestra de la Potencia Divina y viniendo sobre las nubes del cielo...

—¡Merece la muerte!

¡Hé ahí todo el proceso.

Lo demás son fábulas tendenciosas, abiertamente desmentidas por los textos y por la tradición.

Son calumnias gratuitas a la historia, semejantes a la levantada horas después para perder a Jesús en el concepto de Poncio Pilatos.

Y bien, señores: esta escena histórica, que no es un milagro, es a mi modo de ver, la prueba más evidente posible de todos los milagros evangélicos, y por consiguiente de la Divinidad de Jesucristo.

Permitidme desarrollar completamente mi pensamiento.

Los tiempos históricos abarcan ya un espacio de sesenta siglos. Es un lapso considerable.

En estos sesenta siglos, en que se han formado y han desaparecido tantas naciones y tantos imperios, en que han nacido a la vi-

da y se han sumergido en la muerte tantas generaciones de hombres, la escena de la noche del 6 al 7 de abril del año 33 es única... no se ha repetido jamás y no tiene paralela.

Es la primera y la última vez en la historia del mundo que un hombre es condenado a muerte por las autoridades de un país civilizado por el delito de haberse proclamado Dios, o Hijo de Dios.

Ningún Código Penal de ningún país de la tierra, ni en la antigüedad ni en los tiempos modernos, consultó jamás la pena que merecía tal delito; porque tal delito no había pasado por ninguna mente de legislador que pudiera ser cometido por un hombre sobre la tierra.

Y puedo afirmar, con una convicción de que participaréis seguramente todos vosotros, que nunca más, por los siglos de los siglos, un hombre bueno y justo, o un malvado, será condenado a muerte en un país civilizado, por declararse Dios, o Hijo de Dios.

Y la razón es obvia, evidente, se cae de su peso; ya lo habréis adivinado: al hombre que sería y convencidamente se declarara Dios, o Hijo de Dios en un país civilizado, la Autoridad no lo tomaría preso; lo dejaría ir libremente con su locura por las calles, si el loco fuera inofensivo; o lo haría conducir al Manicomio, si el loco fuera peligroso.

Porque todo ser humano que se crea o se sienta Dios, o Hijo de Dios, es lisa y llanamente un caso de enajenación mental, más aún si el enajenado tiene una imaginación tan tropical como para anunciar su futura venida al mundo sentado a la diestra de la Potencia divina y cabalgando sobre las nubes del cielo.

En los anales de la Inquisición española no se registra el caso de ningún **auto de fe** provocado por un Dios, o un Hijo de Dios; porque la Inquisición no era tan estúpida como para confundir a un hombre loco con un hombre cuerdo.

Si Jesucristo fuera, o hubiera sido solo un hombre, en el mismo momento en que se declaró Hijo de Dios y anunció que volvería

al mundo sobre las nubes, todos aquellos respetables eclesiásticos, por graves que fueran, habrían soltado la carcajada.

Pero no fué así.

Para que aquella majestuosa asamblea se reuniera apresuradamente en claustro pleno e hiciera comparecer ante su presencia al reo aprisionado por Judas, y para que Caifás, su presidente le preguntara no sólo con severidad, sino con la mayor solemnidad posible, y con un acento de terrible preocupación y aún de fatídica alarma: "Eres tú el Hijo de Dios bendito? Dínoslo... Yo te conjuro en nombre de Dios vivo!", se necesitaba que hubiera muchos y muy graves antecedentes.

Permitidme, traer a la memoria algunos de ellos.

II

El interrogatorio a que es sometido un reo que comparece ante la justicia está siempre en consonancia con el delito o delitos que se le imputan y con los antecedentes de su vida. A un ladrón se le pide que confiese sus robos; a un bandido, que reconozca sus asesinatos; a un revolucionario, que confiese sus actividades encaminadas a derribar el gobierno constituido o trastornar el orden social establecido. Pero a un simple ladrón no se le interroga sobre asesinatos, ni a un asesino se le pregunta sobre robos, ni a un revolucionario, sobre atentados contra el pudor.

Si Jesús hubiera sido sedicioso, un revolucionario, como lo pretende el racionalismo para poder explicar alguna manera su condenación a muerte, en esta primera entrevista con sus jueces ellos lo habrían interrogado sobre sus actividades sediciosas o revolucionarias. Sin embargo, como lo hemos visto, y como nadie lo ignora, no fué así. La primera y única pregunta que se le hace al reo es si El en realidad se considera a sí mismo el Hijo de Dios; y tan pronto como el reo confiesa su delito todos los miembros del tribunal exclaman: "Ha blasfemado...! Merece la muerte...!"

No se ha interrogado, pues, al sedicio-

so, ni mucho menos al moralista, ni al orador popular, ni al poeta de las parábolas. En el proceso no aparece ni la más leve alusión a tales cosas; se condena única y exclusivamente al reo de blasfemia que se considera a sí mismo y se proclama Hijo de Dios.

Y así como el reo de robo tiene en su vida antecedentes de ladrón, y el reo de asesinato, antecedentes de asesino, veamos si en la vida de este reo acusado y condenado a muerte por el delito de proclamarse Hijo de Dios, hay algunos antecedentes que justifiquen o al menos que expliquen esta idea, esta convicción arraigada que Jesús tenía de su Divinidad y al mismo tiempo el interrogatorio de sus Jueces. Abramos el Evangelio, única historia auténtica de Jesús, y veamos si encontramos esos antecedentes.

Ellos aparecen desde sus primeras páginas, y explican todo el proceso

Caifás y sus colegas sabían perfectamente que aquel reo tres años antes, el 21 de febrero del año 30, en la aldea de Caná, en Galilea, había convertido en vino grandes odres de agua, durante un banquete nupcial, a que había sido invitado con su madre.

Sabían aquellos jueces que en el mes de febrero del mismo año y en la misma aldea, con solo una palabra, y de un modo instantáneo le había devuelto la salud al hijo de un oficial real que estaba moribundo en Cafarnaum; de modo que la curación se había realizado a distancia, a 37 kilómetros de distancia, que son los que separan ambas poblaciones.

Ya vamos comprendiendo la preocupación de Caifás y de sus colegas, y la pregunta que hacen a Jesús.

Sabían ellos también que a fines del mismo mes y del mismo año, dos hermanos pescadores del lago Tiberíades habían trabajado una noche infructuosamente; y que habiendo pasado por la ribera un desconocido, y viendo el desconsuelo de los dos pobres pescadores, les había dicho: "Arrojad vuestra red en aquel punto"; y habiendo ellos seguido su consejo, la red

se había cargado de tal manera de peces, que apenas podían sacarla del agua.

Y aquel desconocido era el reo maniatado que estaba en su presencia.

Les constaba, también por cien testimonios auténticos y fidedignos, que aquel reo sanaba con sólo tocarlos y aún con un sólo signo, a cuantos enfermos se le presentaban solicitando sus servicios; que a su vez los cojos y paralíticos andaban, los ciegos veían, los mudos hablaban; y que los enfermos confundidos de admiración y de reconocimiento, se echaban a sus pies exclamando: "tú eres verdaderamente el Hijo de Dios".

Hé ahí por qué Caifás le preguntaba también si era él en realidad el Hijo de Dios.

Sabían también — Caifás y los suyos — que en el mes de marzo del año 31 aquel reo maniatado que tenían delante de sus ojos, con una sola palabra había arrojado del cuerpo de los endemoniados de Geraza a los espíritus malignos que los atormentaban, y con otra palabra los había incorporado a un rebaño de cerdos que pacían en la vecindad, precipitándo las bestias al abismo.

Sabían que en el mismo mes, y del mismo año, navegando una tarde en compañía de sus discípulos y amigos con tiempo tempestuoso había dicho al viento: cesa de soplar!... y a la tempestad: cálmate!... y había sobrevenido en el acto una gran bonanza.

Y el que así dominaba a la naturaleza era el reo maniatado que estaba en su presencia.

Sabía Caifás que en el mismo mes, y en la misma ciudad, era tal la multitud de enfermos que un día acudieron a la casa en que se hospedaba, que un paralítico en camilla, no pudiendo hacerse entrar por la resurrección de la hija de Jairo, jefe de puerta, se hizo descender por el techo de la casa; y viendo Jesús su fé, lo había sanado *ipso facto* con esta simpática frase: "ten confianza, hijo mío; tus pecados te son perdonados".

Y era tal la fé que iba inspirando a los

enfermos y afligidos aquel hombre, que una mujer que sufría desde hacía doce años una enfermedad de su sexo, había dicho, viendo a Jesús inabordable, a causa de la multitud: "si logro tocar solamente la orla de su vestido, sanaré en el acto".

Jesús, oprimido por todos lados, supo, sin embargo que alguien le había tocado la orla de su vestido. Lo demás ya lo sabemos: la fe de aquella mujer fué premiada como lo merecía.

Caifás sabía todo esto.

Y sabía también de un modo positivo la resurrección de la hija de Cairo, Jefe de la sinagoga de Cafarnaúm, realizada minutos después de la curación anterior.

Parece que aquel día de marzo del año 31 fué especialmente glorioso para Jesús y para el mundo, porque saliendo de la casa de Jairo le dió la vista a dos ciegos, y devolvió la palabra a un mudo.

Nada de esto ignoraba el Tribunal eclesiástico que iba a juzgar al reo, autor de tantas maravillas.

Sabían también que en marzo del año 32, Jesús había resucitado al hijo único de la viuda de Naim, con sólo tocar el féretro en que eran conducidos los restos al cementerio.

Sabían que en junio del mismo año el reo había dado de comer, con tres panes y dos peces, a una multitud de cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños; y que todos habían quedado saciados y con los restos sobrantes se habían llenado doce grandes cestos.

Me parece que todos vamos comprendiendo ahora la alarma del tribunal eclesiástico, y la especie de terror con que el Presidente interrogó al reo.

Pero, todo esto, aunque mucho, no era todo.

Sabían ellos de un modo positivo, que en la noche siguiente a la tarde de la multiplicación de los panes, Jesús había caminado, con noche oscura y mar borrascosa cinco kilómetros sobre el agua, a las tres de la mañana, hasta alcanzar la barca en que iban sus amigos, que le creyeron al

principio un fantasma; y que después se prosternaron a sus piés diciendo:

"Vos sois verdaderamente el Hijo de Dios!"

Una razón más y poderosísima para que también Caifás le dijera al reo aquella noche, con fatídico acento: "Dínos en nombre de Dios vivo si tú eres el Cristo, Hijo de Dios bendito"!

Suprímense de la vida de Jesús de Nazareth todos sus milagros, como quisiera hacerlo el racionalismo, y yo pregunto: ¿cómo se llega a este proceso, y sobre todo a la terrible interrogación: "dínos en nombre de Dios vivo si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios bendito?"

Habría sido preciso que Caifás y sus setenta colegas del Sanhedrín hubieran estado locos para que hubieran interrogado en esa forma al admirable moralista, al simpático orador popular, al sublime poeta de la parábolas; y más extravagante todavía habría resultado la pregunta dirigida al Jesús revolucionario inventado por el racionalismo del siglo XIX.

Cada uno de los hechos recordados y el imponente conjunto de todos ellos iban engendrando en el ánimo de Caifás una preocupación creciente, una alarma cada vez más justificada.

El vagabundo de Galilea debe haber sido un tema diario de conversación entre los dirigentes sacerdotales de Israel, desde el 21 de febrero del año 31 en que realizó su primer milagro.

La alarma colectiva debe haber ido aumentando día por día, hora por hora, a medida que llegaban las noticias traídas por los espías del Sanhedrín, que seguían a Jesús por todas partes y que eran observadores fríos e imparciales.

El 6 de agosto del año 32 Jesús se había transfigurado en la cumbre del monte Tabor. El espectáculo salía enteramente de las leyes físicas y naturales, como tantos otros que había ofrecido Jesús a sus seguidores. Rodeado de este misterioso y seductor prestigio, llegó Jesús a Jerusalem el 15 de septiembre siguiente para asistir en el Templo a la fiesta de los Taber-

náculos; e instalándose en él como en su propia casa, sin permiso de nadie, comenzó a enseñar sobre sí mismo y sobre su misión cosas admirables, cosas antes jamás oídas.

Fué entonces cuando las autoridades hicieron la primera tentativa de apresarle.

"¿Por qué no lo habéis traído?, preguntaron los Sanhedrinistas a los guardas armados encargados de la captura.

Los guardas se habían arredrado porque habían oído a la multitud que decía, después de escuchar sus palabras: "Es el Cristo en persona!"

Y dando testimonio de lo que ellos mismos acababan de oír dijeron a las sacerdotas: "Jamás ningún hombre ha hablado como este hombre".

Por fin, se acercaba el momento decisivo.

Lázaro, hermano de Marta y de María, cayó enfermo en Betania a fines de febrero del año 33.

Jesús se hallaba en Bethabara, en Perea, en la ribera oriental del Jordán, a 39 kilómetros de distancia de Betania.

Emisarios de las afligidas hermanas fueron a comunicar a Jesús la enfermedad de su amigo.

En el acto El se puso en marcha hacia Betania, a pie, como de costumbre. En la mitad del camino, de repente, dijo a los que lo acompañaban: "Lázaro ha muerto".

Y en ese tiempo, no existía la radiotelegrafía...

Jesús prosiguió su marcha muy lentamente, para dar tiempo de que el cadáver de Lázaro, sepultado ya, entrara en putrefacción.

Muchos amigos habían ido de Jerusalem a Betania, distante 7 kilómetros al Sur Este, a acompañar a las dos hermanas en su desolación.

El resto ya lo habréis recordado. Delante de todos ellos, públicamente, Jesús dijo al cadáver de Lázaro que ya hedía: "Lázaro, sal fuera!"

Y el cadáver de Lázaro, envuelto en bandeletas, a la usanza judía, obedeció la orden de Jesús. Y tan vivo salió de la tum-

ba aquel cadáver mal oliente, el 2 de marzo del año 33, que un mes después, el 1.º de abril, Lázaro asistía al banquete que Simón el leproso ofreció a Jesús en su casa habitación.

La noticia detallada de este portentoso fué transmitida esa misma tarde al Sanhedrín por los numerosos testigos de ella, y Caifás reunió esa misma noche en su residencia de campo a todo el Consejo de Sacerdotes, de Escribas y de Ancianos de Israel; y deliberaron largamente sobre el caso.

Nada más interesante que el acta de esta deliberación.

Caifás presidía este claustro pleno, pero dejó que sus subordinados emitieran sus opiniones antes que él.

“¿Qué vamos a hacer?”, se preguntaban los Pontífices unos a otros y sin poder darse mutuamente una respuesta satisfactoria. “Este hombre realiza una multitud de milagros. Si no tomamos una medida, todos creerán en él. Y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nuestra nación”.

Fijaos bien... **una multitud de milagros**, nó una multitud de discursos, ni una multitud de parábolas.

Caifás, sumergido en profunda meditación, guardaba silencio.

Por fin, en su calidad de Supremo Sacerdote, y como intérprete de la voluntad de Jehová, dijo, asumiendo la actitud de un Profeta de Israel:

“Vosotros no os dais cuenta cabal de lo que pasa; y no se os ocurre siquiera que es preciso que un hombre muera por el pueblo, a fin de que toda la nación sea salvada”.

Y el historiador sagrado comenta esta declaración en los siguientes términos:

“Pero esto no lo dijo a su nombre personal. Sino, que como era Gran Sacerdote aquel año, **profetizó** — es decir habló en nombre de Dios — que Jesús debía morir por la nación, y no tanto por la nación como para atraer a la unidad a los hijos de Dios que estaban dispersos.

Así pues, a partir de aquel día — 3 de

marzo del 33 — no pensaron más que en hacer morir a Jesús”.

Ahora aparece clara como la luz meridiana la razón única del proceso y de la condenación a muerte de Jesús. Ahora vemos como si lo estuviéramos viendo con los ojos del cuerpo, que Jesús, **a causa de su doctrina, comprobada por sus milagros**, era una amenaza para la existencia misma de la nación judía.

Caifás veía clarísimamente que la religión judaica, y por lo tanto la nacionalidad de Israel formada por ella, no podían subsistir al contacto de la nueva doctrina, que parecía tener el apoyo de la voluntad divina, puesto que iba acompañada de milagros.

Jesús, por consiguiente, se le aparecía como el enemigo de su religión y de su patria. Pero no hay duda de que su personalidad ya inmensa y sus milagros hacían de él ante sus ojos un ser misterioso, envuelto en un pavoroso signo de interrogación.

¿Era un profeta? ¿Era un enviado de Dios? ¿Un instrumento de Dios? ¿Era el Hijo de Dios? ¿Era Dios mismo?

De ahí la pregunta angustiada, suprema, fatídica, impregnada de terror, porque ya había resuelto su muerte, que le hace en la noche del 6 de abril:

“Yo te conjuro en nombre de Dios vivo que nos digas si eres tú realmente el Hijo de Dios bendito!”

Cualquiera que hubiera sido la respuesta del divino reo, la sentencia habría sido la misma, porque, como ya lo he dicho, había sido dictada contra él un mes antes, y por la razones explicadas.

No hay la menor duda de que la respuesta de Jesús: “tú lo has dicho”, y su promesa de volver como juez al fin de los tiempos, debe haber producido entre los miembros del Gran Consejo y en especial de su Presidente, un verdadero terror...

Empero, era preciso que él muriera para que Israel se salvara.

Era preciso que muriera, aunque fuera un hombre justo, como a ellos les constaba; aunque no hubiera hecho más que el

bien, como ellos lo sabían; aunque hubiera devuelto la salud a los enfermos, la palabra a los mudos, la marcha a los cojos y paralíticos, la vista a los ciegos, y la vida a los muertos; y aunque las fuerzas de la naturaleza estuvieran sometidas a su voluntad, como a ellos les constaba por mil testimonios fidedignos...

¿No es verdad que el sólo proceso de Jesucristo, el sólo diálogo entre Caifás y él a las diez de la noche del 6 de abril del año 33, prueba su Divinidad?

Yo no sé si he logrado con esta exposición de simple historia, en la cual mi fé religiosa no interviene para nada, comunicar la convicción neta que en mi espíritu producen este proceso y la sentencia que le siguió.

Ante mi inteligencia, y aplicando a este hecho histórico el criterio que aplicamos a las ciencias históricas en general, aparece como evidente que son los milagros de Jesucristo, y no solamente su doctrina; o si se quiere, es la doctrina acerca de su propia persona, comprobada por sus milagros, la única y verdadera causa de su proceso y de su muerte.

Su afirmación de que él era el Hijo de Dios habría sido simplemente ridícula si no la hubiera comprobado con milagros; no habría podido sostenerla ni por un cuarto de hora. Ni Caifás ni nadie se habría alarmado por ella.

El Sanhedrin, compuesto de hombres cultos e ilustrados, no se habría preocupado para nada de ese iluso inofensivo que andaba por los campos de Galilea diciendo cosas moralmente bellas talvez, pero sustancialmente absurdas.

Ese joven insensato, tan simpático y bondadoso como inofensivo, no habría puesto, nó, en peligro a la nacionalidad histórica de Israel... Ah... nó... mil veces nó...!

No había necesidad alguna de llamarlo a cuentas, y mucho menos de amenazarlo, y menos aún de condenarlo a muerte; a ningún loco, por elocuente que sea, se le ha condenado jamás a la pena capital.

Son los milagros, que prueban la doc-

trina, y que colocan a ese hombre por encima de la humanidad, la causa verdadera y única, como he dicho, de la inquietud, de las zozobras fatídicas de los dirigentes de Israel; la causa de este proceso y de esta condenación a muerte.

Ahora bien, nadie, ningún historiador o exégeta racionalista ha negado jamás el proceso y la condenación a muerte de Jesús, como hecho histórico.

Los principios en que reposan las ciencias históricas los obligan por consiguiente a admitir la historicidad de los milagros que fueron su causa. No hay efecto sin causa, y admitido el efecto, como todo el mundo lo admite, hay que admitir también la causa.

Al convertir en certidumbre razonada de la inteligencia el dogma de fé de la Divinidad de Jesucristo, me he apoyado, en un hecho natural y por lo mismo jamás negado por nadie: el proceso prueba la Divinidad como los efectos prueban las causas.

Pero hay más lejos todavía; y con esta afirmación que va a sorprender a muchos, pondré término a esta parte de mi estudio.

Voy más lejos y digo: este proceso y esta condenación a muerte de Jesús no sólo prueban su Divinidad de un modo indirecto como lo he demostrado, dándole realidad histórica a sus milagros, sino que lo prueban directamente, por sí solos, considerados en sí mismos.

Poned atención.

Este hombre, condenado a muerte por proclamarse a sí mismo Hijo de Dios, es un hombre cuerdo. Que es un hombre cuerdo lo está probando la misma sentencia de muerte que recae sobre El. Porque nunca ningún juez o tribunal o corte de justicia ha condenado ni condenará a muerte ni a pena alguna a un insano.

Por consiguiente, esta sola sentencia demuestra que al proclamarse ante sus jueces Hijo de Dios el reo se encontraba, en concepto de ellos mismos, en plena posesión de sus facultades mentales.

He ahí, a un hombre cuerdo que se proclama a sí mismo Hijo de Dios sin dejar de ser cuerdo... El caso es único en la historia del mundo.

Ahora bien, decidme, ¿qué es un hombre cuerdo que se proclama a sí mismo Hijo de Dios sin dejar de ser cuerdo?

La pregunta no tiene sino una respuesta que ya se la habrá dado en silencio cada uno de vosotros: ese hombre es el Hijo de Dios. III

Un problema se plantea por sí solo ante el hombre pensador que asiste a este proceso y que llega, como hemos llegado nosotros, a la conclusión de que fueron los milagros operados por Jesucristo por propia autoridad, llamándose Hijo de Dios, durante los tres años de su vida pública, la causa verdadera y única de su proceso y de su condenación a muerte.

El problema es formidable; pero hay que afrontarlo con valentía y con honradez, sin ocultar ni disminuir ninguno de sus graves aspectos.

Si el sanhedrin, compuesto de las más respetables personalidades de Israel, del pueblo de Dios, estaba convencido de la verdad, de la realidad de los milagros de Jesús, ¿cómo sus miembros no sacaron de esos milagros la consecuencia que nosotros deducimos, es decir, cómo no dijeron lo que habían dicho los discípulos y apóstoles de Jesucristo en presencia de los mismos milagros, y lo que decimos nosotros que los vemos a través de diecinueve siglos de historia: "este es verdaderamente el Hijo de Dios?"

Y puesto que ellos mismos dejan constancia en el acta de sus deliberaciones de que ese hombre hacía una multitud de milagros, considerándose a sí mismo Hijo de Dios, ¿cómo se atreven a condenar a muerte al que los hacía? ¿No se les pasa por la mente que el que resucitaba muertos, el que dominaba la tempestad y andaba sobre las olas, era, tenía que ser Dios?

¿Qué extraña obsecación, que misteriosa ceguera se había apoderado de los an-

cianos de Israel, depositarios de la revelación divina y de la más augusta tradición religiosa de la humanidad?

El problema es formidable, lo repito, y no tengo la pretensión de solucionarlo satisfactoriamente; ni sé que nadie lo haya hecho.

Se puede intentar alguna explicación indirecta del extraño caso; y lo voy a hacer, aunque tímidamente, y a sabiendas de que ella no hará desaparecer el enorme signo de interrogación que desde entonces hasta hoy envuelve el problema todo entero.

No basta tener noticia fidedigna de los milagros de Jesucristo para que ellos engendren en la conciencia humana la fé en Jesucristo, es decir, la religión.

El hombre no es sólo una inteligencia; es además, y ante todo, una conciencia. La inteligencia del hombre puede aceptar como ciertos los milagros del Evangelio sin que su conciencia acepte a Jesucristo como Dios. Y no se crea que este es un caso raro y en sí mismo contradictorio; ni lo uno ni lo otro.

He conocido en diversos países europeos a profesores de cristianismo histórico que en su cátedra enseñaban los milagros de Jesucristo como una realidad histórica; pero que no eran cristianos en el verdadero sentido de la palabra; no eran creyentes; no tenían la fé; no adoraban al autor de los milagros que ellos mismos enseñaban como parte integrante de la historia positiva.

El más célebre de los exégetas y orientistas de Gottingen, Jorge Enrique Augusto Ewald no creía con fé religiosa en la Divinidad de Jesucristo. Sin embargo en su "Historia de Cristo" de la cual Ernesto Renan sustrajo sin ningún pudor los únicos pasajes bellos que hay en su "Vida de Jesús", se leen estas afirmaciones que él formuló después de treinta años de las más pacientes y prolijas investigaciones científicas:

"... Además de estas curaciones, que, según todos los documentos, eran su obra

de todos los días, y cuyo número inmenso está apenas indicado en el Evangelio, es preciso distinguir especialmente otros hechos más sorprendentes todavía, como las **resurrecciones de muertos**, los millares de hombres nutridos con algunos panes y algunos peces, el cambio de agua en vino, el apaciguamiento de la tempestad, la marcha sobre las aguas, y las curaciones a distancia por la simple irradiación de su espíritu. Todos estos hechos **pertenecen ciertamente a los primitivos datos evangélicos...**"

Pues bien, como ya lo he dicho, el que hacía tales afirmaciones como la última palabra de la ciencia alemana del siglo XIX, no era un cristiano. Misterios de la conciencia humana!

Esto nos ayuda, en parte, a comprender siquiera la incredulidad del Sanhedrin en la Divinidad de Jesucristo, a pesar de que lo estaban juzgando por causa de sus milagros, como ya se ha probado.

Pero, a decir verdad, esto no explica su condenación a muerte. En esta condenación hay un elemento de nacionalidad, como ya lo hemos visto, puesto que el Sanhedrin consideró que Jesús era un peligro para la religión nacional y para la existencia misma de la nación, en lo que anduvieron muy clarividentes; pero hay también un elemento de odio, de maldad y de corrupción que nadie ha analizado con más profunda ciencia ni expresado con mayor elocuencia que el mismo sabio de la Universidad de Gottingen, a quien acabo de nombrar.

El nos explicará en parte siquiera, con sus profundos conocimientos de la historia de Israel, que hasta ahora no han sido superados por nadie, la génesis de ese odio implacable de Israel a Jesucristo, que no ha disminuído con los siglos, y del cual es legítima heredera la Iglesia Católica, prolongación del Cristo en el tiempo y en el espacio.

Habla Ewald: "Pero ¿acaso lo perfecto es posible en nuestra imperfección huma-

na? ¿Acaso la eterno es posible en esta mortal caducidad?"

"Jesús lo prueba como nada jamás fué probado, y lo enseñará eternamente a todo espíritu y a todo corazón que no huyan de su luz."

"Empero, mientras El trae al mundo la pura luz y las bienaventuranzas del bien, el odio del mundo entero lo anonada, y parece querer probar si El es en realidad el héroe y el santo bastante grande, bastante fuerte para sufrir lo que nadie jamás ha sufrido. Bajo este espantoso choque El no vacila un instante. Ha venido para vencerlo todo con la paciencia, para sufrir y para morir, tan grande y poderoso en el sufrimiento como en la acción y en la enseñanza."

"...Pero si El soporta los sufrimientos máximos abandonado de todos, El no es abandonado de Dios; y es por la fuerza de Dios como El lo opera todo, lo soporta todo; y es por la fuerza de Dios como desde el fondo del más extremo anonadamiento, El obtiene la más alta victoria."

"Hélo ahí pues aplastado como un malhechor, en tanto cuanto la perversa voluntad de los hombres podía aniquilarlo, aquel a quien jamás la menor falta pudo ser imputada, sea que se vea en El a un hombre igual a los demás, o que se reconozca en él al verdadero Mesías más grande que todos los hombres."

"Sí, aquel que, desde tantos siglos ellos esperaban como a su Salvador, aquel mismo cuando llega a su debido tiempo, los jefes del pueblo y la masa del pueblo de Dios lo rechazan y lo deshonran."

"Aquel que viene a traer la salvación a ese pueblo y a todos los pueblos, aquel que, sólo, sabe enseñar a los hombres cómo todo bien puede germinar y madurar en nuestra tierra; aquél es juzgado por las más altas justicias de Israel y del paganismo. Y se ve difamado como el más peligroso seductor del género humano."

“Aquel que, sólo, frente a todo lo que el mal, desde las primeras edades de mundo y durante todos los siglos, había acumulado, de errores, de pecados, de desórdenes y de feroz perversidad; aquél, digo, que a esa masa de horrores no opone sino la más alta sabiduría, el más divino amor y la mansedumbre más inagotable, aquél se ve derribado por la ola impura, en que se unen para anonadarlo el pecado de Israel endurecido y el pecado del sensual y estúpido paganismo.

“En el pueblo que, antes que todos los otros, hubiera debido ser el pueblo santo, el pueblo amado de Dios, el error y el pecado se habían acumulado y venían fermentando desde hacía quince siglos: y he aquí que la rabia y el veneno de todos esos errores y de todos esos pecados, inveterados, endurecidos, amontonados en un sólo foco vienen a caer sobre Jesucristo. Y no es por accidente, por cólera pasajera del pueblo que él sucumbe, como San Juan Bautista, sino por la esencial y única cuestión de la vida de Israel, la cuestión del reino de Dios, de la verdadera sociedad religiosa. Es en el momento más crítico de la gran lucha por el establecimiento de esta sociedad santa, por la fundación de todo su porvenir sobre la tierra; es entonces, digo, cuando toda la rabia, toda la perversidad del antiguo mundo cae sobre este abandono, sobre este pobre, este desarmado, sin fuerza humana ni gloria humana. Todo eso quiere anonadar al fundador único una sociedad depositaria de la absoluta verdad religiosa apara anonadar con el mismo golpe y en su germen, a la religión apenas fundada.

“Pero, precisamente en el momento en que este rey oculto del verdadero reino de Dios acaba de aparecer entre los hombres sin ser conocido de ellos, en el momento en que el divino reino, apenas fundado, parece ser aniquilado junto con su fundador, es en ese momento

“ mismo cuando El prueba su invencible fuerza por medio de maravillas, y cuando de la tumba de su rey, de ese rey condenado a muerte por el pecado de todo el género humano, el bello reino re-nace para una vida infinita y para un esplendor eterno”.

Ya véis, como en concepto del más grande de los historiadores racionalistas alemanes de los pueblos de Israel, pero también el más independiente y el más honrado, no hay en la historia ni el más leve indicio de un Jesús sedicioso, revolucionario o impostor, como lo pretenden la ignorancia, la mala fé y la impiedad.

La última palabra de las ciencias históricas afirma por boca de Ewald que Jesús “rey oculto del verdadero reino de Dios fué condenado a muerte por el pecado de todo género humano”.

Ahora bien, ¿cuál es el dogma fundamental de la religión cristiana? La muerte de un Dios por los pecados del mundo.

Yo sé muy bien que ambas afirmaciones tienen distinto significado; pero también convendréis conmigo, en que estas dos verdades, la una de orden histórico y la otra de orden religioso, se compenetran, se completan y se confunden de tal manera que puede decirse forman una sola, probando una vez más y de un modo soberano cómo la ciencia y la religión se vienen dando la mano desde las más lejanas profundidades de la historia.

“La muerte y la tumba de Jesucristo, termina Ewald, son en la historia dos rápidos acontecimientos, pero ellos marcan el límite preciso en que termina la antigüedad, y en que comienza el mundo nuevo. El fin del mundo antiguo, ciertamente no llega antes de Jesucristo, sino que llega aquí, y esta tumba no parece cerrarse sino para sepultar con el Cristo al viejo mundo todo entero”.

Hasta aquí Ewald.

Yo añado: abierta por la resurrección, esta tumba será la portada del mundo nuevo.

Hacia una cultura ibero - americana ⁽¹⁾

1.—Necesidad de la cultura

Creemos que debe definirse la Cultura en general como el conjunto de valores esenciales para alcanzar el pleno desarrollo de la vida propiamente humana. Al decir "pleno desarrollo" nos referimos evidentemente, no al desarrollo máximo que pueda poseer la humanidad a través de los siglos, sino que al que de hecho realmente ha poseído en una época determinada. Ser un hombre culto es vivir, como se dice comunmente, a la altura de su tiempo, es poder desenvolverse de manera fácil en el ambiente humano en que desarrolla su actividad. Exigir otra cosa sería quizás exigir más que lo humanamente posible. No puede obligarse a nadie a ser un super-hombre.

Es claro que un tal concepto del hombre culto podría prestarse a numerosas interpretaciones más o menos antojadizas según la mayor o menor sinceridad que tenga aquel que lo interpreta; pero sin lugar a dudas sólo una de ellas es aceptable por un hombre honrado, y es la que reconoce que "el vivir a la altura de su tiempo" es realizar en nosotros plenamente el tipo humano, es afrontar con valentía las obligaciones inherentes a la calidad de hombres. Sólo una tal interpretación está conforme con las normas eternas de la ética cristiana que son, después de todo, las únicas que permiten que la humanidad sea feliz aún aquí en la tierra.

La cultura se refiere a la integridad de la persona humana. Esta comprende dos elementos esenciales: un elemento material que es la carne perecedera y caduca y un elemento formal que es el espíritu inmortal y libre. Ambos constituyen una sola sustancia, un sólo todo que podríamos definir con un pensador contemporáneo como "un espíritu animador de una carne". Es este espíritu lo que nos da nuestra calidad de hombres, y es por él que somos hijos de un mismo Padre que está en los cielos y que hemos sido redimidos por la sangre de Cristo. El "pleno

desarrollo" de que hablábamos al definir la cultura en general debe, en consecuencia, referirse por una parte al progreso material en cuanto facilita las condiciones totales de la vida humana, y por otra parte principalmente al progreso espiritual, al progreso de la vida de la razón y de las virtudes. Se ve fácilmente que una concepción verdadera de la cultura presupone, en primer lugar, una justa jerarquía de valores objetivos, una subordinación de lo que es material a lo que es espiritual, lo que significa, en resumidas cuentas, una subordinación lógica de lo inferior a lo superior; el principio espiritual que anima la vida del hombre se encuentra por encima del principio espiritual que la sustenta. Una concepción verdadera de la cultura es esencialmente espiritualista en el buen sentido de la palabra es decir esencialmente católica. Desde este punto de vista sus valores se imponen al Universo entero.

No creemos, sin embargo, necesario explicar que la cultura se refiere a la vida "naturalmente" humana de los hombres, y en cambio la Religión de Cristo se refiere a la vida de los hombres en el orden sobrenatural. Una y otra buscan el "pleno desarrollo" de la vida propiamente humana; pero la primera sólo en cuanto es posible en la tierra con todas las imperfecciones de una naturaleza caída, y la segunda en cuanto la misericordia y la justicia divina nos la acuerden ampliamente en el cielo. Es evidente entonces que la vida cultural debe estar subordinada a la vida de la Iglesia como un fin de orden inferior a un fin de orden superior, y que, según se acerque o se aleje de ella, será más o menos adecuada a nuestra naturaleza humana. Esta subordinación es de dos tipos diferentes. Cuando alcanza al elemento deífico, y al elemento ético que — como ve-

(1) Informe presentado por la Delegación chilena al Congreso Ibero Americano de Estudiantes Católicos de Roma. Su elaboración fué encomendada a los señores doctor Roberto Barahona, Manuel Atria y Antonio Cifuentes.

remos más adelante — son indispensables en toda concepción lógica de la cultura, ella es directa; es decir la Iglesia puede positivamente obligar a que se piense o se actúe de una manera determinada. Cuando se refiere a otros elementos, como ser el elemento físico o estético, ella es indirecta, es decir la Iglesia sólo puede negativamente prohibir aquello en que vea que existe algún peligro para la moral o para el dogma.

En tales condiciones la necesidad de una cultura, y precisamente de la cultura verdadera, se nos aparece casi tan obligatoria para cumplir nuestro destino terrenal como la necesidad de la Religión para cumplir el ultra terrenal. Nadie que quiera ser sinceramente un hombre puede olvidar el deber de alcanzar el "pleno desarrollo" de su vida propiamente humana. Renunciar sencillamente a ser un hombre, es rebajarse a la calidad de los que cumplen su destino mediante el juego ineludible de los instintos. El hombre tiene una vida superior a la vida instintiva, una vida que el mismo se proporciona libremente, la vida de la razón y de las virtudes, que no le permite desviarse del recto sendero fijado por la voluntad de Aquel que "defiende a todos los que le aman y exterminará a todos los pecadores".

Es a esta vida principalmente a la que se refiere la cultura humana. El hombre no está físicamente obligado a vivirla, pero tiene el deber moral de hacerlo. La obligación de la cultura no puede venirle de ninguna violencia exterior que se la imponga necesariamente. Se trata de un acto voluntario, o lo que es lo mismo de un acto que se genera por un principio interior de actividad. He aquí algo que no comprende la mentalidad materialista de algunos pensadores modernos. La cultura es una obligación, pero del mismo tipo, y en menor escala, que lo es la salvación del alma. Presupone la libertad interior de la persona humana por encima de las pasiones y de los vicios, la única libertad que no han proclamado nunca los corifeos del liberalismo y la única que es, después de todo, esencialmente necesaria.

* * *

Con las observaciones que anteceden creemos haber dado solución a más de un problema que se refiere a la cultura humana. Queremos hablar ahora especialmente de uno de ellos que ha preocupado bastante a algunos pensadores modernos; y es averiguar hasta donde ella resulta natural o artificial en el hombre, y en consecuencia hasta donde puede serle útil o perjudicial. J. J. Rousseau asegura que ella pervierte la especie humana; y que el hombre plenamente natural, tanto vale decir el hombre plenamente hombre, es el hombre primitivo. El hombre es bueno, afirma; y sólo la sociedad, la civilización, en una palabra la cultura le hace ser malo. Es claro que para una concepción esencialmente individualista de la especie humana como la del filósofo ginebrino, la sociedad debe resultarle perjudicial. Los hechos se han encargado de demostrar que, en este sentido, él tenía razón. La civilización actual, la cultura actual, inspirada en sus mismos principios, es sin lugar a dudas inadecuada a la vida humana. No hay en ella nada que indique un progreso efectivo en el desarrollo de la humanidad. La prepotencia material que no ha tenido por objeto la facilitación de la vida intelectual y moral, sino que es el resultado lógico de la desviación de la actividad humana consecuente con un sentido materialista de la existencia, significa en realidad un retroceso cultural y es por eso que no ha permitido solucionar ni siquiera el problema económico de la humanidad. Nosotros no nos oponemos al progreso material de una civilización maquinista porque él sea en sí contrario a nuestros postulados espirituales, sino porque un tal tipo de civilización es esencialmente inadecuado a la naturaleza humana. Esto explica también la cantidad de errores y de miseria efectiva que son el único patrimonio que nos ha dejado el estúpido siglo XIX.

Si entendemos por algo natural al hombre lo que se refiere a la vida instintiva, es evidente que la cultura no es una cosa natural. La vida instintiva no permite quizás ni siquiera el desarrollo corporal de los individuos, y no podrá lógicamente de ninguna

manera ser causa de desarrollo integral de la persona humana. Abandonando a las fuerzas ciegas de la naturaleza cualquiera actividad del hombre acaba por degradarse, por hacerse inadecuada al tipo humano. No hay nada más artificial en la vida de los hombres que lo es liberalmente natural.

Pero un tal concepto de lo natural es falsear el significado común de las palabras. A nuestro modo de ver una cosa es natural en cuanto está conforme con su propia naturaleza, en cuanto realiza en sí la idea arquetipo que es su ser separado de toda materialización determinante. Según esto el concepto de lo natural envuelve una noción de perfeccionamiento, de mejoría. Una cosa es natural en cuanto es mejor.

Considerada desde este punto de vista resulta perfectamente natural; es precisamente una naturalización de la especie. Que esta naturalización se haga por vías quizás distintas de las meramente instintivas es algo que nadie pone en duda; pero nadie podrá afirmar tampoco que estas fuerzas, que son precisamente las que informan la vida superior del hombre, sean antinaturales. Encausadas en los límites de su esfera de acción propia producen ellas modelos admirables de humanidad como son los filósofos y los santos; y sólo cuando desvían del recto sendero, cuando no cumplen el rol que les ha sido encomendado, pueden ser consideradas antinaturales.

2.—Concepto general de la cultura

Las consideraciones que anteceden nos han hecho ver claramente cómo el problema de la cultura está íntimamente ligado con el problema humano cuando consideramos al hombre desde un punto de visto meramente terreno. Hay en él, sin embargo, dos aspectos distintos que conviene diferenciar desde un principio: Un aspecto subjetivo que se refiere al hombre mismo en cuanto la cultura es parte integrante de su propia personalidad, en cuanto es un accidente que modifica el tipo humano; y un aspecto objetivo en cuanto ella misma es una realidad independiente de los hombres

que la poseen. Ese conjunto de valores esenciales de todo orden, ya sea material o espiritual, que caracteriza un pueblo o una raza determinada, o la humanidad entera en una época también determinada, he aquí lo que constituye la cultura en sí misma. Bajo este aspecto podremos hablar de la cultura de una nación, de la cultura de una raza.

Cuando estos valores son poseídos por una persona, en cuanto conocimiento o quizás en cuanto modo de vivir inconsciente, en cuanto modo de reaccionar delante del mundo circundante, entonces tenemos el aspecto subjetivo de la palabra cultura. Ella es en este sentido — como dice Ortega y Gasset — “un sistema de ideas vivas que cada tiempo posee . . . o sea el repertorio de nuestras efectivas convicciones sobre lo que es el mundo y son los prójimos, sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones: cuales son más estimables, cuales menos”. Se ve que entre uno y otro aspecto hay íntima relación, y que precisamente el aspecto subjetivo es la posesión de la cultura en sí misma por el hombre.

Al estudiar el problema de la cultura es principalmente la realidad objetiva que ella envuelve la que nos preocupa independientemente de que sea o no sea poseída por alguien. Podemos referirnos en estas condiciones sin ningún temor a culturas antiguas que en la actualidad no posee nadie. Es claro que el estudio preliminar del tipo de ser en el cual esa cultura se realiza es condición indispensable para comprender la cultura misma. Ella existe cuando existe el hombre, en un hombre determinado o en un grupo de hombres; es la actividad humana en sus múltiples manifestaciones lo que la constituye esencialmente. Por eso una cultura para que sea verdadera debe estar íntimamente de acuerdo, como ya lo hemos dicho, con la naturaleza humana. La verdad de una cultura está en ser sinceramente natural. La cultura es humanista; pero de la misma manera que lo es la Iglesia de Cristo.

¿Cuáles son las condiciones, en consecuencia, que debe llenar un concepto cultural básico? Antes de entrar a analizar a fondo lo

que denominamos un concepto cultural básico, creemos conveniente aclarar cierto aspecto preliminar de la cuestión. Al referirnos a la cultura de una época, hablamos evidentemente de algo más o menos definido, que es, casi podríamos decir, inmutable. Pero en realidad la cultura cambia continuamente, se adapta a las situaciones ambientales; no es un ser, es un devenir. Sólo considerando un tiempo infinitamente pequeño la cultura es rigurosamente "algo". Y sin embargo, hablar de la cultura de una época, o hablar de la cultura de un pueblo en una época determinada, es hablar de una manera que comúnmente tiene un significado preciso. La teoría aristotélica de la materia y de la forma, o de la potencia y el acto, nos da aquí también la clave del asunto que nos preocupa. Hay un fondo común en la cultura que, separado de todo aquello que la modifica, queda siempre igual a través de las vicisitudes del tiempo. Ciertos valores permanecen y ellos constituyen lo que podemos denominar la materia cultural de un pueblo o de una época.

Tenemos además aquello que modifica ese fondo común, aquello que le da su matiz especial, su simpatía especial, y que la caracteriza en un instante dado y en un lugar dado. He aquí lo que denominamos la forma cultural. La cultura en una época determinada no es lo que será después ni lo que ha sido antes pero puede ser lo que será después y deviene de lo que ha sido antes. Saber en el desarrollo de esta evolución cultural cuándo se trata únicamente de cambios formales que significan la permanencia de una misma cultura o cuándo de cambios materiales que significan la muerte de una y el nacimiento de otra cultura, es una tarea difícil, por no decir imposible. Muchas veces esta modificación total se hace de manera tan insensible que sólo después que se ha vivido largo tiempo en una cultura nueva se puede afirmar que la cultura antigua ha muerto. Determinar la línea divisoria es como precisar en el crepúsculo la línea que separa el día de la noche. Esto no obsta para que podamos hablar de una cultura como de un ser determinado y preciso cuyas diversas formas culturales

son la resultante de la aplicación de las vicisitudes históricas al fondo común de valores esenciales.

Cosa análoga podremos decir al referirnos de las diversas culturas de los pueblos en una misma época. Hay en muchos de ellos sólo formas culturales distintas de una misma materia cultural. Ellas dependen las más veces de modalidades psíquicas. En la Edad Media se diferenciaban probablemente una cultura hispánica y una cultura francesa que no eran otra cosa que distintas expresiones de una misma cultura de tipo sacral. Lo mismo podremos afirmar de los tiempos modernos en que la cultura francesa o la cultura yanqui son sólo manifestaciones diversas de una misma cultura de tipo antropocéntrico. No está demás decir inmediatamente que sólo un tipo sacral de cultura, no materialmente idéntico al de la Edad Media sino inspirado en las mismas verdades eternas, es el único que conviene a la humanidad. El puesto del hombre en el cosmos es esencialmente periférico. El está subordinado a Dios, y caer en Dios es una ley de gravitación espiritual. Toda cultura, en consecuencia, debe estar basada en un concepto Teo-céntrico del Universo.

* * *

Hemos considerado ya que la cultura comprende una noción de perfeccionamiento. Hemos considerado también que en una época determinada es algo que se apoya en el pasado y tiende a realizarse en el porvenir. Estos dos aspectos esenciales en la evolución cultural de una raza o de un pueblo presuponen una cierta dirección privilegiada en la actividad humana. De aquí se deduce también que es necesaria en toda cultura verdadera una unidad mental, un modo tipo de reaccionar, como ya lo hemos dicho, delante del cosmos. Un tipo de cultura antropocéntrico resulta así esencialmente inadecuado. Casi podríamos afirmar que decir cultura antropocéntrica es unir términos contradictorios. La única unidad posible es aquella que realmente constituye una unidad para el Universo, el Sér que es acto puro y que, a pesar

de su actividad creadora y sustentadora, permanece inmutable. La necesidad metafísica de Dios se impone irrefutablemente en toda concepción humana del Cosmos.

En tales condiciones toda lógica expresión cultural comprende un elemento de ascensión a la Divinidad, lo que denominamos un elemento deífico. Las manifestaciones de la actividad humana están impregnadas entonces en cierta forma más o menos conscientes de un deseo de Dios. Esto nos explica el por qué toda formación cultural producida naturalmente, por ejemplo las formaciones culturales de los pueblos primitivos, llegan a confundirse casi siempre con sus ideas religiosas. Decir cultura de los aborígenes de América o de cualquier otro Continente, es casi lo mismo que decir religión. Los valores estéticos científicos y morales tienen importancia en cuanto se relacionan más o menos estrechamente con los valores religiosos. Hay en esto evidentemente una desviación explicable de la concepción mental del cosmos, una confusión del plano sobrenatural con el plano natural del universo. En una sociedad iluminada por la luz de la Revelación tales confusiones resultarían sencillamente monstruosas; quizás tan monstruosas como separar de la cultura el elemento deífico, o lo que es lo mismo el elemento unitario.

Conocidas las relaciones esenciales entre el hombre y la Divinidad, una cultura verdadera presupone en seguida un conjunto de nociones que están en un plano inferior; y que relacionan al hombre consigo mismo y con el mundo circundante. Hay una manera característica en cada forma cultural de cómo el hombre piensa al hombre y de cómo el hombre piensa al mundo. Esta manera característica puede considerarse en dos aspectos, el uno superior al otro. En el primero el hombre piensa la esencia de lo que es él en sí mismo y de lo que son las cosas que le rodean. He aquí un elemento metafísico de la cultura humana.

El segundo es un aspecto más inmediato, más superficial de la manera de pensar al hombre y a las cosas. Sin llegar a la esencia misma de lo que ellos sean se queda más

bien en la envoltura fenomenológica. Esto es lo que podríamos llamar un elemento físico de la cultura humana. Envuelve todas aquellas nociones esenciales que nos proporcionan las ciencias particulares; y además aquellas históricas que son patrimonio de la humanidad en las diversas épocas. No será necesario advertir que al denominarlo elemento físico le damos a esta palabra el sentido aristotélico de ciencia de la naturaleza.

Este conjunto de valores debe ser el factor especulativo de una cultura verdadera. Conviene no olvidar en ningún instante que la cultura y la ciencia son dos cosas fundamentalmente distintas. "La cultura — dice Max Scheller — es una categoría del ser, no del saber o del sentir". Ella toma de la ciencia sólo aquellas nociones esenciales, aquello que pasa a ser o que debe ser un "lugar común" de la mentalidad humana en una época determinada. "Cultura — afirma Ortega y Gasset — es lo que salva de un naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envejecimiento".

No debe confundirse, en consecuencia, ni con la teología ni con la metafísica ni con la física. Ella contiene, como lo hemos dicho, sólo un elemento deífico, un elemento metafísico y un elemento físico. Su objeto es dar una imagen cósmica de Universo, es decir, una imagen ordenada del Universo. Esta imagen, en cuanto comprende un elemento deífico, se considera como una imagen deífica del Universo, o lo que es lo mismo, una imagen que nos muestra el Universo en su relación con la Divinidad. Lo mismo podríamos decir al elemento metafísico y al elemento físico de la cultura. Según se dé el Universo en relación a los primeros principios del entendimiento humano o a los principios más inmediatos (empíricos) tendremos una imagen metafísica o una imagen física de él. Esto es lo que llamamos la cultura en sí misma considerando únicamente su factor especulativo: una imagen cósmica del Universo.

El avance de las ciencias particulares a través de los tiempos, la mayor o menor com-

preensión de los fenómenos universales, modifica la forma cultural de manera más o menos definitiva. Una concepción geocéntrica del mundo físico era condición indispensable de la cultura en los tiempos anteriores a Copérnico. Después la concepción heliocéntrica se imponía como irrefutable. No sería raro que en algún tiempo más la idea del profesor De Sitter de un Universo en expansión que parece corroborada por el retroceso de las Galaxias, sea un "lugar común" de la cultura universal. Otro tanto podremos decir de la idea de un espacio homogéneo y plano y que no tiene después de todo, más importancia que la de ser mentalmente más cómoda. El espacio relativista de Einstein curvo y heterogéneo según la mayor o menor concentración de masas, quizás esté incorporado como valor positivo en una forma cultural próxima. Nadie se extrañaría entonces si se hablara corrientemente de la "constante cósmica".

* * *

Estudiando en sus líneas generales el factor especulativo de la cultura, nos corresponde ahora preocuparnos de un factor quizás más importante bajo ciertos aspectos, porque es la expresión material en que una cultura puede ser leída. Nos referimos al factor práctico. Este comprende dos elementos esenciales: primero un elemento que dice relación al modo de obrar de la humanidad, a las actividades económicas, políticas y sociales de los hombres. Podremos llamarlo el elemento ético de la cultura y está como lo hemos dicho, directamente subordinado al elemento deífico, a la concepción mental predominante en una época determinada. En un tipo cultural antropocéntrico el elemento ético tiene una importancia secundaria. Predomina un concepto físico de lo económico, de lo político y de lo social; es decir un concepto en que la actividad humana está determinada por leyes "naturales" inamovibles. La idea de una economía libre en contraposición a la economía dirigida indica precisamente una concepción física de la vida económica humana. La creación de un estado

liberal igual cosa en lo que se refiere a la vida política. He aquí uno de los motivos prácticos por el cual una cultura antropocéntrica resulta inadecuada a la humanidad: la ausencia del elemento ético determinante de la vida social y personal de los hombres.

El otro elemento del factor práctico se refiere a la vida artística de la humanidad, a la vida de creación y de comprensión de valores estéticos. Esto es: lo que denominamos el elemento estético de la cultura. Presupone, como todo el resto, una dirección privilegiada en la actitud mental del hombre. Mucho se ha discutido sobre la independencia o no independencia del arte. La discusión aparece, si la consideramos empíricamente, del todo inoficiosa. En el hecho el arte en cada época y en cada raza ha tomado una tendencia clara y precisa. A pesar de la "libertad del arte" proclamada por los románticos del siglo XIX, sus artistas actuaron todos en forma más o menos análoga. La vida artística está íntimamente incorporada a la vida cultural de la humanidad.

Idénticas observaciones a las que hacemos al referirnos al factor especulativo de la cultura, podremos hacer al referirnos al factor práctico. La cultura y el arte son dos cosas diferentes. La cultura y la moral también son dos cosas diferentes. Hay en ella solamente un elemento ético y un elemento estético; y esto no es lo mismo que decir que la cultura sea Ética y Estética. Estas distinciones no son meros juegos de palabras; son precisamente uno de los puntos principales del problema cultural. Esta importancia se ve claramente cuando nos trasladamos del plano objetivo al plano subjetivo, de la cultura en sí misma a la cultura en cuanto accidente de un cierto sujeto. Nadie discutirá que decir sabio o decir artista no es lo mismo que decir hombre culto, y que existen de hecho hombres cultos que no son sabios ni artistas. Esto se explica solamente admitiendo una diferencia esencial entre la cultura y la ciencia o el arte.

En estas condiciones creemos haber llegado a precisar un concepto general de lo que debe ser una cultura adecuada a la naturaleza hu-

mana. Resumiendo: ella comprende un factor especulativo que está constituido por un elemento deífico, un elemento metafísico y un elemento físico. En segundo lugar comprende la cultura un factor práctico constituido por un elemento ético y un elemento estético. Entre los elementos que se refieren al factor especulativo hay una graduación lógica y precisa. El elemento físico está subordinado al elemento metafísico; de manera que sus afirmaciones no pueden estar en contradicción con las de éste, en virtud de que no existe nada más que una verdad. El elemento deífico está aún más por encima informando la vida cultural en su totalidad. El dice relación también

al factor práctico de la cultura, de manera que el elemento ético le está subordinado directamente. La posición del elemento estético es algo que no aparece tan claro. Nosotros afirmamos, sin embargo, que en una cultura de tipo sacral, que es la única que conviene a la humanidad, debe subordinarse a su vez al elemento deífico. Esto lo comprendieron más o menos claramente los pueblos primitivos, y lo comprendió también la humanidad medieval. No es de extrañar entonces ver en la arquitectura maravilloso de una catedral gótica un deseo desesperado de cielo.

(Continuará.)

De todo el mundo

LA IGLESIA SISMATICA EN GRECIA

La nación helena cuenta en la actualidad 6.400.000 habitantes, en su gran mayoría ortodoxos, al menos nominalmente. En los territorios reconquistados a Turquía viven aún 100.000 musulmanes. Los católicos no pasan de 60.000.

La Iglesia ortodoxa está organizada, bajo la dirección de 49 obispos. El clero secular está representado por 4.500 sacerdotes y la vida monástica por 1.700 monjes.

Los pocos que reciben formación teológica, en el único Seminario llamado Rhizarion o en la Facultad teológica de Atenas están lamentablemente inficionados por las teorías protestantes o racionalistas que allí predominan.

Se ha tratado de perseguir a la pequeña comunidad católica de rito bizantino. Les exaspera que los sacerdotes católicos de este rito lleven el mismo hábito que los ortodoxos; que celebren como ellos, usando el mismo ritual. Y es que con esto ven caer por tierra el más poderoso argumento con que combatían la unión cuando hacían creer al pueblo que, al unirse con Roma, deberían sacrificar su rito venerando y sus tradiciones seculares.

En 1930 obtuvieron un decreto ministerial por el que se prohibía a los católicos llevar el hábito eclesiástico griego; para forzar su ejecución, la policía sitió durante veinte días los establecimientos católicos. Pero medida tan arbitraria e injusta no prosperó, y poco después hubo de ser derogada.

Actualmente trabajan en Grecia por la causa de la unión 120 sacerdotes católicos. Los colegios de nuestros religiosos están llenos: 420 alumnos cuenta el de Syra y 2.000 los cuatro de Atenas. Dos seminarios, de rito latino y bizantino, aseguran para el porvenir el reclutamiento del clero griego fiel a Roma.

Cuando la Iglesia católica sea mejor conocida de nuestros hermanos separados, y por nuestra parte hayamos los occidentales conocido y apreciado como se merece los tesoros de fe y de religiosidad, que a pesar del cisma, aún conserva el pueblo sencillo y bueno del Oriente, habrá desaparecido el principal obstáculo para la unión.

LA IGLESIA Y LA POLITICA EN AUSTRIA

En una Conferencia celebrada en Diciembre de 1933, los Obispos de Austria, tomando en cuenta las circunstancias porque atravesaba el país, declararon inconveniente la participación del clero en la política y dispusieron la pronta renuncia de los eclesiásticos investidos con funciones de esta especie. El Episcopado creyó necesario referirse a este punto en una pastoral colectiva fechada el 21 de Diciembre último, en los siguientes términos:

“Si en esta pastoral colectiva, Nosotros hemos aprobado francamente y sin equívocos las ideas esenciales y los esfuerzos de nuestro gobierno, se puede dirigirnos el reproche—que en cierto sentido no es absolutamente injustificado—de hacer adoptar a la Iglesia una actitud política en favor de un partido. No obstante admitimos por entero los principios que formulaba León XIII, en su Encíclica de 10 de Enero de 1890 (“*Sapientiae christianae*”), en estos términos: “Repugna soberanamente a la Iglesia mezclarse en las luchas de partido o bien subordinar la actitud y la misión que le incumbe de derecho a las corrientes de una política cambiante... Sería abusar de la religión en una medida extrema, quererla arrastrar a tomar posición en favor de un partido o argüir su apoyo para triunfar de sus adversarios. Por el contrario, la religión debe ser inatacable y sagrada para todos; pero hay más: en los negocios del Estado que no pueden separarse de la ley moral y de la religión se debe sobre todo y constantemente buscar lo que es favorable a los intereses del Cristianismo.” A los católicos que hasta aquí han obrado según estos principios, tanto la Iglesia como el Estado les están reconocidos. Y si Nosotros, Obispos, lo mismo para el futuro, exigimos de cada católico que en el conjunto de sus actividades sostenga en conciencia los derechos de la Iglesia y de la Religión, no arrastramos de ningún modo a la Iglesia en una política de partido, no hacemos sino cumplir la misión que Ella ha recibido de Dios. Por lo demás, nuestros actos y particularmente la común resolución que hemos tomado en la Conferencia episcopal, resolución por la cual retiramos a todos los sacerdotes de las organizaciones de partido, han demostrado que la sospecha de querer favorecer exclusivamente un partido político no puede alcanzarnos”.

Bajo el título de “La separación de la Iglesia con la política en Austria”, el diario católico alemán “*Germania*”, ha comentado el acuerdo episcopal en los siguientes términos:

“Desde hace muchos años los medios católicos austriacos se esfuerzan en hacer desaparecer la fusión que se opera entre el partido cristiano social y la Iglesia católica, fusión que, bien considerada, se ha mostrado desventajosa sobre todo para la Iglesia. Se comprende, sin dificultad que los campeones de esta separación, clérigos o laicos, no contarán siempre con el apoyo de los eclesiásticos revestidos de mandatos políticos, y que a menudo hubieran pasado en su propio campo como verdaderos enemigos. Fué el llamado movimiento de los Jóvenes católicos quien en la lucha por libertar y desprender a la Iglesia de sus influencias temporales, sirvió de iniciador de las nuevas tendencias. Algunos de los diarios que les sirvieron de órganos fueron entre otros, “*Der Seelsorger*”, “*Der Laie in der Kirche*”, “*Neuland*”, “*Salzburger*”, “*Kirchenzeitung*” y “*Schoenere Zukunft*”, por consiguiente, y de una manera exclusiva, diarios esencialmente religiosos y católicos a fondo. Aunque en Austria, desde el establecimiento del régimen constitucional, es decir desde 1848, se sentaron en la Cámara austriaca de diputados representantes con investidura eclesiásticas, las condiciones eran no obstante en otro tiempo enteramente diferentes. Desde 1918, la soldadura de la Iglesia a la política de un partido no ha hecho más que reforzarse, pero con gran daño de la vida religiosa. Muy a menudo las poblaciones no podían perder

la impresión de que cristiano-social y católicos fuesen términos sinónimos. No obstante esta confusión, acogida por otros lados no sin satisfacción, servía tan poco al partido social-cristiano como a la Iglesia, a quien mucho perjudicaba. Por este motivo la Iglesia había declarado a menudo y de manera formal que entre ella y dicho partido no existía ninguna identidad. Pero a tales declaraciones se oponían los discursos o los actos de los dirigentes del partido y la confusión se hacía aún mayor.

“En los últimos años las actividades de los cristianos-sociales y la evolución general de la opinión popular hicieron aparecer a los ojos de todos, aún con mayor claridad, la necesidad de una separación de la Iglesia con la política y la incompatibilidad del rol de dirigente temporal con el de dirigente espiritual. El hecho es que los Obispos, preocupados del bien de las almas y del porvenir de la Iglesia en Austria—entre ellos el Cardenal Doctor Innitzer, el Arzobispo Doctor Riedler y los Obispos Doctores Hefter y Memelauer — no han cesado jamás de llamar francamente hacia el centro religioso a las fuerzas que se desparramaban en los dominios más accesorios de la religión y de contener la invasión de la Iglesia por preocupaciones temporales.

“Pero después que el Obispo de Linz, en el curso del verano, hubo prescrito rogativas en su diócesis contra el nacional-socialismo, se vió al Obispo de Gratz, en su última carta pastoral, censurar sin reticencias a los fieles que no se unían francamente al gobierno de Dollfuss, y al Obispo del Tirol, Mgr. Waitz calificar de “Kulturkampf” los acontecimientos del Reich alemán; igualmente otros medios austriacos contaban con que la Conferencia episcopal se ocuparía no de cuestiones religiosas, sino de la actitud que debía tomarse frente al nacional socialismo. Sin embargo, no se hizo nada de esto: la ardiente situación política en que se encuentra el Austria, indujo a los Obispos a tomar una medida que responde mucho mejor a los peligros y necesidades de la Iglesia: ellos prohibieron a los sacerdotes toda actividad política. Es indudable que optaban por el mejor camino y tomaban prudentemente en consideración los intereses futuros de la Iglesia Católica en Austria. En su invitación a la Jornada católica alemana general, el Cardenal Innitzer, insistía ya en el carácter puro y exclusivamente religioso de esta manifestación y, en el curso de la celebración, tuvo cuidado de descartar todo lo que olía a política. Si por casualidad, en ciertos detalles, se escurrieron diversos incidentes contrarios a sus deseos, fué de seguro muy a su pesar. En este mismo año, la presencia de Obispos en reuniones políticas o en asambleas de partido, llegaron a ser cada vez más raras: evidentemente se retiraba el clero del frente más avanzado de las luchas políticas. En el momento de la reorganización de la Acción Católica y de la designación de sus Comités directivos, fueron descartadas todas las personalidades perteneciente a partidos o entregadas a la política diaria. A lo sumo hace algunas semanas, el señor Krasser, jefe del partido cristiano-social en Viena y hasta entonces, Presidente de la Federación popular del Austria católica, fué reemplazado por un prelado, el Doctor Hlawati. Los sacerdotes que en asociaciones y prédicas se ocupan de política reciben la orden de no predicar más ni hablar más en público. La línea de dirección que revelan estos actos concuerda enteramente con la obligación que ha sido impuesta a los eclesiásticos de renun-

ciar a sus mandatos políticos. Ella precisa de manera nítida la actitud de la Iglesia: mantener la religión fuera de la lucha de los partidos.

“Las poblaciones austriacas agradecen a los Obispos esta actitud. Sin restricción alguna tienen ellas conciencia de los eminentes servicios que les han prestado sus representantes eclesiásticos. Basta nombrar sacerdotes tales como Bela Weber, diputado del Tirol meridional al Reichstag de Frankfurt; el abate Karl Alexander von Melk, diputado al Reichsrath; el combativo P. Greuter, denominado “el caballo de batalla de Hippäch”; Scheicher y Schöepfer, luchadores de primera línea del partido cristiano-social; Ignacio Seipel, en fin, el hombre de Estado cristiano de nacionalidad alemana. A pesar de todo, sin embargo, la población austriaca jamás consideró la actividad política como la vocación principal, ni tampoco como la vocación secundaria, aunque imperiosamente indicada, de los sacerdotes; ella no vió sino una necesidad para una época en que faltaban laicos capaces de desempeñar el rol de dirigentes políticos y de defender ante la opinión pública los principios católicos. Esos laicos existen hoy día en número suficiente, aunque no se encuentran sino pobremente representados entre los políticos profesionales de Austria. La Iglesia obra pues, de manera justificada al retirar a sus sacerdotes de las avanzadas y ponerlos al servicio del santuario. Liberado de la carga política, el clero puede desde ahora consagrarse enteramente a la salud de las almas y a su verdadera vocación.

“La decisión de la Conferencia episcopal austriaca formula la misma prescripción que el artículo 32 del Concordato entre el Reich alemán y el Vaticano. Es verdad que el Concordato entre Austria y el Vaticano no se encuentra hasta ahora ratificado y que, por el momento, la ratificación no es posible preveer; pero, en su sabia política que procura liberar a la Iglesia de la política, el Vaticano encuentra un apoyo con las medidas tomadas por los Obispos austriacos. De dicho acto de los Obispos sería erróneo sacar como consecuencia una aprobación de la política gubernativa y de la actitud del partido social-cristiano. La obligación impuesta a los sacerdotes de renunciar a sus mandatos no implica ni expresa ciertamente nada de parecido. Las declaraciones de la “Central de noticias del partido cristiano-social” y de la “Reichspost” prueban que la decisión de los Obispos austriacos sobrevino sin que el partido cristiano-social la previese y que significó para él una gran pérdida. Se trata ahora de no atrincherarse tras la Iglesia ni de utilizar al clero como una pantalla para servir los intereses del partido. El partido cristiano-social se halla desde ahora entregado a sus solos recursos. El será quien deberá encontrar fuerzas morales e ideas fecundas, él quién necesitará emplear su energía para volver a luchar por sus nobles convicciones.”

PREDISPOSICION DE LOS CHINOS HACIA LA DOCTRINA CATOLICA

La Revista Católica de Hong-Kong, “The Rock”, publica en su número de Navidad el siguiente artículo debido a la pluma del R. P. Fleming, S. J.:

“La conversión de Irlanda al cristianismo es universalmente reconocida como una de las conversiones más rápidas y estables que el mundo haya presenciado hasta el presente. Antes de la muerte de San Patricio,

Irlanda contaba con 250 obispos indígenas y 700 iglesias atendidas por sacerdotes irlandeses. Había además, numerosos monasterios y conventos repartidos por todo el país. Y la conversión de Irlanda no sólo ha sido rápida y fácil, sino también duradera porque ha sobrevivido a centenares de años de persecuciones, manteniéndose intacta hasta nuestros días.

La rápida conversión de Irlanda, se atribuye ante todo a la Gracia Divina. Pero la gracia obra sobre la naturaleza y el problema que se presenta es el siguiente: ¿Existía un carácter nacional que imprimía en el pueblo irlandés, aptitudes especiales para recibir la verdadera fé? Se ha dicho que la antigua civilización irlandesa, con sus ideales de honor y de lealtad, se adaptaba perfectamente para asimilar el ideal cristiano. La buena semilla echó pues, raíces en terreno fecundo. Sea como fuere, volvamos ahora la vista hacia la China. ¿Lo que se ha dicho de Irlanda, podrá también decirse de la China? ¿Será la China aquel terreno del cual Cristo ha dicho que es propicio para recibir la palabra divina y producir a su debido tiempo el ciento por uno?

Según un libro publicado en Cantón, "De l' Ombre a la Lumière" escrito por el P. Fabre, de las Misiones Extranjeras de París y misionero de larga experiencia, la respuesta podría ser afirmativa.

Apesar de los innumerables errores y supersticiones acumulados en el correr de los siglos, el chino pagano parece haber conservado cierto rastro de la revelación primitiva. Además la natural aspiración del hombre hacia la divinidad, ha sido siempre muy fuerte entre los chinos y lo ha inducido a exteriorizar sus sentimientos en ceremonias religiosas parecidas a las que se acostumbran entre los cristianos. En fin, el pueblo chino, ha tenido en todo momento en gran honor las virtudes domésticas, fundamento también de la moral cristiana.

Si examinamos a la ligera algunos aspectos de las religiones paganas de la China, nos preguntaremos si los chinos creen en un ser supremo, superior a los numerosos espíritus buenos y malos, que según ellos, pueblan la tierra; y la respuesta será afirmativa, por lo menos en lo que respecta a las principales creencias del país. La teología china es muy vaga, y no presenta un sistema definido; de esto proviene que en distintas localidades se adoren como seres supremos diferentes dioses"

Después de hacer una breve reseña de las diversas religiones de la China, continúa el articulista: "De cuanto se ha dicho se deduce claramente que no ha de serle difícil al pueblo chino, creer en un Dios supremo. Las tres religiones dominantes de la China, se fundirían por último, en una sola, en la adoración de un ser supremo, de un Dios creador y misericordioso, ante el cual el hombre presenta su propia miseria y expresa la esperanza de perdón y de vida eterna.

Los convertidos chinos no han de tener dificultad en adquirir la costumbre cristiana de dar culto a Dios; prueba de ésto es la reverencia que manifiestan los secuases de Confucio, al ofrecer sus sacrificios a los falsos dioses. Ante todo el sacerdote sacrificador debe ayunar durante tres días antes de la ceremonia. Todo lo que está en contacto con el sacrificio, debe ser puro. La víctima, sea un buey o cordero, ha de ser el mejor animal del ganado. La sal empleada en la ceremonia se obtiene de la evapo-

ración del agua marina. El agua se obtiene de la luna, depositando a la intemperie durante la noche, grandes vasijas de metal para recibir el rocío. El fuego para encender el haz de leña, se obtiene del sol por medio de espejos cóncavos. Con tal reverencia por los falsos dioses se explica la facilidad que han de tener para reverenciar al verdadero Dios, cuando llegan a conocerlo.

Fuera de las grandes ciudades, el pueblo chino, se ha conservado casi inmune del espíritu disolvente del materialismo. La mejor prueba de ello, es el respeto que tiene por los muertos. Entre ellos las ceremonias fúnebres son muy complicadas y el período de guardar luto por los padres difuntos es de tres años. Se estima que los chinos gastan en sus muertos una suma anual de 20 mil millones de francos. También se explica que la creencia en la inmortalidad del alma, sea menos difícil para los chinos que para los materialistas de otros países que niegan la existencia del alma.

Los chinos acostumbran orar y ayunar y se precian de ello. Los monjes y monjas buditas hacen voto perpetuo de abstinencia muy rigurosa: No comen carne, pescado, huevos ni mantequilla. La ascética cristiana, no sería imposible para estos nuevos espartanos”.

Después de otras interesantes consideraciones que pasamos en alto para no alargarnos, continúa el artículo: “Quizás he considerado con demasiado optimismo la posibilidad de que la China acepte el cristianismo, pero de lo anterior se deduce que el pueblo chino es religioso. Los teólogos enseñan que la religión natural abandonada a sí misma sin el auxilio de la reveración, cae fatalmente en serios errores. Las religiones paganas de la China son una clara demostración de este principio, porque los elementos buenos que ellas contienen son sepultados bajo un número increíble de supersticiones”.

El autor hace en seguida resaltar las principales dificultades que encuentra el cristianismo en la China: el comunismo, la prohibición de la enseñanza religiosa en las escuelas, la xenofobia que combate las religiones extranjeras; y la última, aunque no menor, el materialismo de los periódicos chinos que envenenan los espíritus, tanto de los jóvenes como de los ancianos y los hacen incapaces de creer en un más allá. Y concluye: “La historia demuestra que sólo cuando la religión llega a ser escuchada se obtienen las conversiones de las masas. Tenemos el ejemplo sorprendente que nos han dado en China los Jesuitas en los siglos pasados: más tarde hemos visto las extraordinarias conversiones obtenidas por los misioneros irlandeses en el Hupeh. El obispo Galvín escribe que en un mes se anotaron en sus registros 50.000 nuevos y fervorosos catecúmenos. Es un movimiento sin precedentes hacia la Iglesia. La caridad heroica de los misioneros en tiempos de inundación, de guerra y de carestía, vencieron en esa ocasión todos los prejuicios. En el siglo XVII los descubrimientos científicos de los jesuitas, ganaron un terreno favorable al cristianismo.

En nuestros días han desaparecido un tanto en China, los prejuicios contra el catolicismo, y es de esperar que no esté lejano el día en que los éxitos irlandeses del Hupeh se repitan en otras comarcas. Entonces quizá

los dirigentes del país no privarán al pueblo de la justa libertad de una instrucción religiosa, preciosa libertad de la cual se disfruta en todas las grandes naciones del mundo”.

¿ESTA ATRASADO NUESTRO CALENDARIO? (1)

Un profesor de teología de Berlín, el Doctor Gerhard, después de largas investigaciones astronómicas e históricas, comprobó que Jesús había nacido en los primeros días del mes de Abril y siete años antes de la fecha hasta ahora fijada, por lo que creyó necesario que el Papa decretara la reforma del actual Calendario.

Esta noticia, en realidad, no es estimada como la simple ocurrencia de un sabio, sino como algo muy digno de atención que ahora preocupa tanto a la Sociedad de las Naciones como al Vaticano. En efecto, el Nuncio Pacelli, según informaciones alemanas, impuso al Papa de las investigaciones practicadas, pudiéndose por otra parte confirmar por el Observatorio del Vaticano, que la aseveración era exacta, que hay error en el actual calendario y que el año en curso no es el de 1934 sino el de 1941. Sin embargo, Su Santidad manifestó que el cambio del calendario o el cambio de la fecha de la Pascua sólo podría efectuarse después del acuerdo de un Concilio.

Veamos que dice el Profesor Gerhard:

El actual cálculo del tiempo fué hecho por el fraile Dionisio en el siglo VI, realizándose después cambios en el calendario en tiempo del Papa Gregorio VII. Dionisio fué encargado de recopilar en la corte papal todos los documentos que pudieran servir para calcular el nacimiento de Jesús y su crucifixión. Y como entonces se carecía de muchos instrumentos no es de extrañarse que él cometiera errores en el cálculo. Ya Kepler constató que era falsa la fecha del nacimiento de Jesús.

Gerhard, por su parte, funda sus cálculos en la constelación de Saturno, Júpiter y Peces. Consta, en efecto, en forma matemática que Saturno fué visible precisamente siete años antes de la fecha estimada como la del nacimiento de Jesús y, con más exactitud, en los primeros días de Abril, lo que confirma que el Salvador nació siete años antes de iniciarse nuestra era. Mis teorías, dice el profesor Gerhard, fueron revisadas por los profesores Ginzel y Neugebauer y estos excelentes astrónomos han confirmado también que el actual año no es de 1934 sino de 1941. Espero con firmeza, agrega, que mis cálculos serán aceptados pronto por las autoridades civiles y eclesiásticas y que el año próximo se celebrará en el mundo el advenimiento de 1942.

(1) El presente artículo fué publicado el 10 de Marzo último por el diario húngaro de Buenos Aires, "Magyarság" y traducido gentilmente para "Estudios" por el señor Desiderio Spiegel.

Francesco Olguati

CARLOS MARX

(Continuación).

III

LA BASE DEL CAPITAL

La otra gran columna del edificio de Marx, es la teoría del "plus valor", que anima cada página del "Capital" y sin la cual la Biblia del socialismo perdería todo significado.

Nadie podrá menos de reconocer que el origen histórico de ciertos capitales, (no de todos,) ha sido la violencia y el fraude. Todos reconocemos las infamias y barbaridades, de las cuales, no sólo en Inglaterra, sino en todas las naciones, el capitalismo ha sido reo, especialmente al comienzo de su desarrollo, cuando las leyes sociales parecían ser un monstruoso obstáculo a la sagrada libertad de masacrar al prójimo; cuando al glotón egoísmo de brutos humanos insaciables se sacrificaban multitudes de obreros, de mujeres y de niños. Y ni siquiera los ciegos niegan los horrores y desastres causados a menudo por las crisis industriales y la anarquía de una producción no reglamentada en manera alguna, y dejada a merced de la libre y desenfrenada competencia.

Pero estos males pueden remediarse; para muchos de ellos, el remedio es ya un hecho. La legislación social de los varios Estados, las organizaciones obreras, las huelgas, a veces también las mismas iniciativas de los patrones (de Roberto Queen, León Harmel, etc.) han reducido muchas descripciones de Marx y Enge's a un puro recuerdo histórico. Y el porvenir anulará ciertamente los desórdenes que actualmente existen y mejorará cada vez más las condiciones de las clases trabajadoras.

Pero Marx no lanza la sentencia contra el Capital como protesta contra los pasados abusos; no es tan ingenuo como para pedir que se corten las cabezas, sólo

porque a un individuo le duele; razona, en cambio, muy diversamente.

En las mercaderías, escribe, hay que distinguir un valor de uso y uno de intercambio. El segundo es independiente del primero. Y consiste únicamente en el trabajo humano abstracto, en el trabajo, especialmente necesario, en la fuerza social mediana, en el trabajo social cristalizado en los productos. Este trabajo humano abstracto, se mide con el tiempo necesario para la producción de un objeto, y es el único elemento común que se encuentra en todas las mercaderías y que facilita el intercambio.

Una idéntica distinción debe hacerse en la mercadería trabajo. Ella tiene un valor de intercambio, determinado por el tiempo necesario para su producción o reproducción, y por lo tanto, el costo ordinario de los víveres necesarios para mantener la vida y las fuerzas. Y tiene también un valor de uso, que consiste en el ejercicio de las fuerzas en el acto del trabajo. El capitalismo paga el valor de intercambio de la mercadería trabajo y exige todo valor en uso. Como los dos valores no son iguales, el "plus valor", el Mehrwert queda al capitalista vampiro.

La condena del vampiro, como aparece, está íntimamente conectada con la teoría del valor; si cae ésta, se arruina aquélla: la Corte de Apelaciones anularía la sentencia del Tribunal.

No es necesario entrar en el debate de todas las interpretaciones que se dieron de la teoría del valor de Marx; no es necesario ser Sansón para botar esta columna de marxismo; no se sostiene ante una crítica elemental.

Es extraño cómo en esta teoría, Marx, que a menudo demostró tan a lo vivo el sentido de la realidad histórica, se haya

perdido en las nubes de una abstracción vacía y sin conclusiones.

¿Qué es "el trabajo humano abstracto" contenido en las mercaderías?

¿Qué es este "trabajo igual e indistinguible", este "elemento común" que se calcula desde el punto de vista de la "fuerza de trabajo de la sociedad entera"? ¿No es una abstracción que nada tiene que ver con la realidad, y que al contrario se encuentra en estridente oposición con ésta?

En las mercaderías no existe un trabajo abstracto, ni indistinguible, ni igual; sino un trabajo concreto cualitativamente distinguible y diverso. "¿Cómo — exclama Vilfredo Pareto — haremos para juntar el trabajo de Miguel Angel y el de un escultor incapaz, y sacar un trabajo igual e inconfundible? El trabajo de Moliere y el de Abate Contin, ¿eran iguales o inconfundibles?... ¿Y qué es esta fuerza de trabajo de la sociedad entera? Si se tratare de un solo y mismo trabajo, que no necesitara más que la fuerza material, sería comprensible. Todos los hombres de una sociedad, empleados en achicar una bomba de agua, levantando una cantidad de agua a una altura dada, producen cierta cantidad de kilogramos: he aquí la fuerza de trabajo de la sociedad. Pero cuando se trata de labores heterogéneas ¿cómo sumarlos juntos? ¿Cuál es la fuerza de trabajo de una colectividad compuesta por un Alejandro Dumas y un copista, por un Edison y un idiota?

Cuando, prosigue el mismo autor, se busca precisar lo que significan las palabras "cantidad de trabajo", "trabajo cristalizado" etc..., nos encontramos con dificultades invencibles, aún cuando se trate de trabajos de la misma clase: "he aquí el vino blanco ordinario a un peso la botella; la cantidad de trabajo cristalizado que contiene, no es diferente que el de este vino del Rhin que vale diez pesos la botella.

Se hacen ferrocarriles que valen algo y otros que no valen nada, porque cuestan, en cambio para explotarlos. Y se podría continuar esta enumeración al infinito.

Pero entonces, objeta Marx, ¿cómo se puede resolver el problema de Aristóteles? ¿Cuál es el elemento común que hay en las mercaderías y que hace posible el intercambio?

"Nos maravilla — contesta Cathrein — que Marx sin dar ninguna prueba, afirme con tanta seguridad que fuera del trabajo, no hay en las mercaderías nada de común. Aristóteles que menciona a menudo, podría haberle enseñado algo mejor. Siendo que aquel gran pensador enseña abiertamente que en las mercaderías debe haber un elemento común, por el cual se pueden comparar y medir, que este elemento o medida común a todos los valores de cambio es la necesidad, es decir, la aptitud para satisfacer la necesidad en un hombre, o, en otros términos, su utilidad y no la utilidad abstracta, sino concreta de un determinado objeto, un día determinado, en circunstancias determinadas. Este es el elemento común buscado.

"Pongamos por caso que un comerciante lleve a un puerto de Europa, varias naves cargadas con maderas diversas ¿con qué norma fijará el precio? ¿Únicamente según el trabajo, el dinero y el tiempo empleado en transportarlas? No, ciertamente, de este modo todas las maderas tendrán el mismo precio; lo que no sucede. Los compradores se preocuparán principalmente del uso que tendrán. La madera mejor y más durable se paga más. El cedro y el ébano son maderas finas, y aún prescindiendo del costo del trabajo para conseguir las, tienen más valor que la encina y el álamo. Con innumerables otros ejemplos, se puede demostrar que a juicio común, la utilidad o el uso de una cosa es la primera norma del valor o sea del precio. El vino mejor se paga más

que el malo, aún cuando se haya empleado igual trabajo en los dos. ¿Por qué los dueños de minas venden a diferentes precios el fósil que es extraído de ellos? Porque la calidad es diversa. Un prado sobre el Tiber o sobre el Rhin tiene un valor de cambio mayor que otro del mismo tamaño en la Selva Negra o en Eifel, aún independientemente de cualquier trabajo humano. Pero tratar de dar más pruebas de una verdad tan evidente es inútil. Ni vale oponer a los casos dichos que en todos esos casos para sacar el pleno valor de uso, se necesitaba el trabajo. No negamos que también el trabajo influye sobre el valor del cambio, pero no es lo único que lo constituye; digamos que el elemento que a un objeto dá valor de cambio, además del trabajo, es principalmente la utilidad y la aptitud para satisfacer las necesidades del hombre.

Así, pues, caen todas las consecuencias que Marx infiere contra el capital moderno privado, y sobre todo cae la teoría del "plus valor".

Con relación a esta última, es curioso mostrar las dificultades que presenta. Según Marx, observa Pareto, el "plus valor" no puede provenir sino del operario. Es raro. Un capitalista dá agua a un establecimiento. Si la hace echar por dos operarios él puede realizar el "plus valor"; pero si compra una mula que mediante una combinación sustituirá los dos operarios, él no ganará más nada, no se producirá el "plus valor"... ¿Extenderemos a todos los seres vivientes la producción del "plus valor"? Sería simplemente una propiedad misteriosa de la vida. Entonces el capitalista podrá elegir entre dos operarios o una mula; pero pobre de él si compra un motorcito eléctrico, todo "plus valor" desaparecerá ipso facto y ya no podrá ganar más nada.

El hotelero podrá hacer girar la parrilla del asado por un muchacho asalariado, por un perro, por un mecanismo especial. Si lo mueve un niño asalariado podrá adueñarse de un plus valor; si emplea

un perro es dudoso, imposible si tiene un aparato mecánico.

El origen de estas consecuencias raras, o mejor del error de Marx, estriba en que para producir el plus valor no concurre solamente el operario con el trabajo sino también el capital. Sin materia prima y sin medios de producción el operario no podría hacer nada.

El producto es fruto del trabajo, no lo neguemos; pero nó del trabajo solamente; lo es también del capital. Y este lo suministra el capitalista. Por lo tanto ¿no merece una compensación? ¿De dónde la sacará sino del mayor valor? Y sin contar la obra de dirección que a veces hace el capitalista, ¿no vale nada el riesgo de suerte a que se expone, anticipando el capital, esperando la venta de las mercaderías y afrontando la incertidumbre del éxito?

El valor del objeto resulta también de su utilidad. Este no es dado únicamente por el valor, sino también por las fuerzas de la naturaleza, de las cuales nace la utilidad. Quien le dá de lo suyo, concurre a darle valor al objeto, no menos que el operario que anda para producirlo.

Quitemos al Capital todas las páginas que pintan a lo vivo la miseria y los dolores de la clase obrera de Inglaterra, que Marx con habilidad de abogado ha esparcido copiosamente en el volumen y tendremos en la mano un simple sofisma, tan débil, que los admiradores del maestro trataron de buscar bajo la pobreza real los recónditos pensamientos profundos y no consiguieron otra cosa que pelear entre ellos, en una discusión inútil, hueca de todo significado.

IV

La evolución de la sociedad

Marx tiene razón, cuando constata que la forma económica de la sociedad ha estado siempre en un desarrollo continuo. En el transcurso del tiempo se han suce-

dido — nadie puede negarlo — diversas formas de producción social y también el capitalismo se encuentra en continuos cambios. La sociedad capitalista inglesa en el año 1845 presentaba un aspecto distinto del actual. Y no está dicho que el capitalismo deba ser la forma inmutable y eterna de la producción social futura.

¿Cómo será el porvenir?

No es este el lugar para discutir si nos encaminaremos hacia una forma comunista o hacia un orden sindicalista. Una cosa es segura: cualquiera que sea el orden económico futuro nunca se podrá sacrificar el organismo sociedad al elemento individuo, el interés de los particulares seguirá siendo un aliciente al trabajo; la autoridad del que deba dirigir, aunque sea por designación electiva, será siempre indispensable, la diversidad de las aptitudes el diverso y libre uso de las dotes personales siempre traerán desigualdades insuperables. La vida social progresará; las condiciones económicas mejorarán; pero todo esto no sólo por la fuerza de las cosas, sino también por la generosa cooperación de cada cual y por los esfuerzos de las masas. El porvenir, en fin, será tanto más alegre cuanto más las conquistas materiales influyan en la elevación moral de las conciencias.

V

Marx y Jesucristo

¿Cuál es, en conclusión, el juicio acerca de Carlos Marx?

Para contestar esta pregunta, después de haber tan larga y diligentemente estudiado al maestro del socialismo científico, no tengo más que echar una ojeada al Maestro, Divino, al que dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

La comparación entre Marx y Jesucristo da resultados significativos, que valen más que cualquiera crítica contra el marxismo.

Por un lado el mago de Tréveris, con su carácter a menudo insoportable, con las

cartas llenas de vulgaridades, con las medidas craneométricas aplicadas a las cabezas de los amigos, con las groserías en las tabernas de Londres. Por otro Jesús, que en la casa de Nazareth y por las ciudades y aldeas de Palestina pasó humilde, dulce, divinamente bueno, preguntando a sus adversarios de entonces y de hoy: ¿Quién de Uds. puede acusarme de culpa?

Por un lado el heroico "chupador", como lo definió Alejandro Luzio. Por otro el que vivió beneficiando.

Por un lado un corazón de bruto ante la muerte de la madre, por otro un hijo vibrante de afecto hacia la más grande de las madres.

Por un lado el glorificador de los estragos de la Comuna. Por otro el mártir que se sacrificó y murió sobre la cruz.

Aquí un frío escrutador de los fenómenos sociales; cuatro volúmenes de cartas sin siquiera una palpitación de piedad por los desgraciados, el insulto trivial por las "burradas" de Luis Blanc que llora las miserias del obrero. Allá un corazón que grita: "Tengo compasión de este pueblo!"

Con Carlos Marx tenemos la irrisión de todo idealismo, del amor, del derecho, de la justicia. Con Cristo, la enseñanza que debía ser el germen eterno de acciones y victorias: "Amaos, oh hijos de un mismo Padre! Sois hermanos! Benditos los que tienen sed y hambre de justicia".

Por un lado el adorador del hecho, que cree la historia dominada por la "fatalidad que preside a los fenómenos de la naturaleza".

Por otro el despertador de las energías, el confirmador de nuestra libertad espiritual, aquel que dijo: "Alzad vuestras frentes: el día de la redención se acerca", y al mismo tiempo condenó al avaro que sepultó el talento, reprochó al sacerdote y al levita que no se preocuparon del desgraciado, sacudió al perezoso que no trabajaba en la viña del mundo.

Por una parte Marx, que no atribuye los horrores del egoísmo brutal "a la bue-

na o mala voluntad del capitalista individual", sino a la inexorable necesidad de un orden económico. Por otra Jesucristo, que en cada orden social afirma la responsabilidad personal, el deber del bien, y con los ricos, olvidados de ello, fulmina su terrible: Ay de vosotros!

Por una parte la teoría que la más profunda revolución posible consiste en un cambio exterior de las condiciones económicas. Por otra el mandato de romper antes que nada las cadenas del espíritu.

Por un lado la concepción materialista de la historia. Por otro la advertencia severa: "El hombre no vive sólo de pan".

Por una lado el maestro, cuyas muchedumbres, están obligadas a hablar de derechos y de justicia, a decir todo lo contrario de lo que él ha enseñado. Por otro una doctrina única para las masas y para las intelectuales, para la viejita y para Dante.

Por un lado una herencia de egoísmo y de odios. Por otro una propaganda de fé y amor.

Aquí el utopista, que en nombre de la

ciencia, anuncia la revolución inminente, que sobre diez profecías erró once y cuyas previsiones, veinte años después de su muerte, fueron desmentidas por los hechos. Allí Jesús, que después de 20 siglos puede repetir: "El cielo y la tierra pasarán pero no pasará una sola de mis palabras".

Un día Ernesto Renan visitaba Bologna y lo acompañaba Enrico Panzacchi. Por invitación de su cicerone, Renán subió, no sin trabajo, chico y gordo como era, sobre la base de una calumnita marmórea que hay en San Esteban, donde está señalada "la estatua de nuestro Señor". Y Panzacchi, desde abajo, con tono solemne le gritó: "Señor Renan, Jesucristo era mucho más alto que voz!" El autor de la "Vie de Jésus" sonrió, diciendo si con la gran cabeza.

Yo también he querido poner la figura de Carlos Marx sobre el sócalo de esa antigua columna y sin titubear terminó gritando:

"Señor Carlos Marx, sois más chico, infinitamente más chico que Jesucristo".

R. P. Coulet

El Catolicismo y la Crisis Mundial

(Continuación)

III.—LOS ERRORES DEL CAPITALISMO

Errores que reparar

Precisamente contra estos errores nuevos la Encíclica trata de poner en guardia. Porque es innegable que el Capitalismo se esfuerza por encontrar una salida. En primer lugar comienza por comprender que no la hallará abandonándose al juego de la libertad. Comprende la necesidad que tiene de ser "dirigido".

Pero, ¿no es capaz de dirigirse él mismo?

El recurso de la dictadura económica

En sus últimas Encíclicas, el Soberano Pontífice se refiere varias veces explícitamente o por alusión a esta "concentración" del Capital "en las manos de un número pequeño de hombres". Pero ¿no ha tenido ella también por resultado poner entre sus manos, como Pío XI lo señalaba, una potencia enorme y un poder casi absoluto? "Este poder, agregaba el Soberano Pontífice, es considerable sobre todo en aquellos que, siendo poseedores del dinero, gobiernan el crédito y lo distribuyen a su antojo... repartiendo así de alguna manera la sangre al organismo económico cuya vida tienen entre sus manos..."

Por lo demás, ¿por qué no jugarán ellos este rol de regulador que falta a nuestra máquina económica? Se busca el remedio. Hélo aquí, dicen ellos. Basta dejar al Capitalismo usar de esta formidable potencia para poner la vida económica en tutela e imponerle las soluciones exigidas por la situación presente.

El Capitalismo debe renegar el principio de la libertad porque la libertad ha resultado nefasta, y recurrir al régimen de la dictadura que es indispensable. Es necesario "dirigir"

el "mercado" en lugar de abandonarlo al libre juego de la concurrencia. El mismo va a cambiarse. De "liberal" que era se va a convertir en "dictatorial", y así luego todo volverá a ponerse en orden. El viejo ídolo de la libertad está a punto de perder en el mundo sus últimos adoradores. "Abajo la tiranía", se gritaba en otro tiempo. "Viva la dictadura", se clama ahora. ¿No está el Capitalismo capacitado para ejercer en el dominio económico esta necesaria dictadura?

Los pocos potentados de la finanza o de la industria que, en cada país disponen de estas formidables acumulaciones de capitales, ¿no son los primeros interesados en hacer desaparecer una crisis de la que han sido ellos "las primeras y escandalosas víctimas", según decía Pío XI, y en prevenir su vuelta?

En consecuencia, que se les deje obrar libremente, porque si la libertad nada vale para los otros entre sus manos va hacer prodigios. Ellos van a agruparse, a organizarse en potentes carteles nacionales o aún internacionales; y, convertidos así en dueños absolutos del mercado, van a poner inmediatamente un término a los desórdenes engendrados por la libre concurrencia suprimiendo la concurrencia misma.

Garcías a sus encuestas económicas, a sus informaciones estadísticas, a sus observaciones científicas y desinteresadas, podrán estar siempre en antecedentes de las necesidades reales del consumo y de los movimientos de la producción; y en consecuencia, condicionar esta producción, repartirla entre todos los productores, equilibrar la oferta y la demanda, imponer en fin precios cuya estabilidad nada deberá temer de las locas intervenciones de la libre concurrencia.

Y el sueño es hermoso. Se concibe que haya podido seducir a primera vista a espíri-

tus que no ven en la economía más que materia de cifras y estadísticas. Se comprende también que no podría de ninguna manera disgustar a otros espíritus que ven en seguida el partido que podrían sacar de una dictadura semejante.

Pero, he aquí, precisamente, un error que no es nuevo y en el que más valdría no obstinarse.

Porque han existido estas dictaduras económicas antes de la Crisis, limitadas sin duda, pero reales. Ellas han jugado su papel. Parece que ellas no han impedido nada. Se ha conocido el precio de los monopolios impuestos por algunas; aquellas que en otra época valorizaban el café en el Brasil, y aquellas que fijaban el precio de las harinas, o el de la esencia o el de la plata. Se ha podido ver lo que pesaba la preocupación de proveer a las necesidades reales del consumo cuando estaba de por medio la preocupación de las ganancias que permitía realizar el monopolio.

¿No tenía razón el Soberano Pontífice cuando, hablando de ellas, les reprochaba justamente no poder jugar este rol de regulador que pide la máquina económica de hoy día; y ésto porque, "inmoderada y violenta por su naturaleza, la dictadura económica tiene necesidad, para hacerse útil a los hombres, de un freno enérgico y de una sabia dirección que no encuentra en sí misma"?

Ella no encontrará este freno ni esta dirección ni en las informaciones estadísticas, ni en las encuestas económicas, ni en la armoniosa representación de los intereses, por más útil que pueda ser todo esto. Porque se trata en definitiva de regir voluntades libres y éste es un asunto de moral.

No bastará que estas dictaduras económicas se hayan asegurado el monopolio de los mercados y de los precios para que no ceda, mañana como ayer, a la tentación de mantener los altos precios a riesgo de provocar una nueva Crisis, pero con la probabilidad de haber sacado provecho, abandonando a otros el cuidado de remediar en seguida el diluvio...!

Como se ha observado muy justamente este error no tendría probablemente otro resultado que hacernos pasar de las crisis de la Economía liberal o no dirigida a las crisis de la Economía mal dirigida. El Capitalismo no tiene ya hoy día algo con que responder para poder deliberadamente afrontar el riesgo. Y el pensamiento cristiano estima que el mundo civilizado tiene seguramente derecho que no se haga en él esta experiencia "in anima vili".

El recurso del Estatismo

¿O bien, renunciando definitivamente el Capitalismo al culto de la libertad, pedirá al Estado que ejercite él esta dirección que falta a la Economía de hoy día?

Esto parece lo más natural. Porque, como lo hace observar Pío XI, es enteramente natural que, en esta búsqueda de las reformas de nuestras instituciones, sea el pensamiento del Estado lo primero que venga al espíritu.

Por lo demás, desde algún tiempo ¿no ha multiplicado el Capitalismo estos llamados a la intervención del Estado; y no pide, en efecto, constantemente nuevas medidas de protección?...

Llamados que no eran siempre injustificados. La intervención del Estado podía ser a veces necesaria a fin de sostener o de proteger grandes empresas privadas cuyo fracaso podría haber resultado una verdadera catástrofe pública. Pero es evidente también que estas intervenciones, talvez necesarias para moderar los inconvenientes de la anarquía económica, no representan nada más que un mal menor radicalmente incapaz de suprimir la anarquía misma.

Pueden ser necesarias todavía a fin de prevenir o de reprimir ciertos abusos del poder del dinero; y los Soberanos Pontífices no han cesado de proclamar, a pesar de las protestas del Liberalismo económico, el derecho del Estado de intervenir a fin de imponer el respeto a los derechos particulares, a fin de prevenir los abusos y de servir al Bien común.

En la Encíclica "Quadragesimo Anno", Pío XI recuerda de nuevo que entre las funciones que pertenecen al Estado porque sólo él puede cumplirlas, figura la "de dirigir, de vigilar, de estimular, de contener, según lo manifiesten las circunstancias y lo exija la necesidad".

Pero esto lo dice después de haber tenido cuidado de limitar el dominio de estas observaciones, y de marcar netamente el rol que deben gozar, bajo este control superior del Estado, las instituciones jurídicas y profesionales a las que el Estado no tiene el derecho de sustituir para asumir una multitud de tareas que por lo demás es incapaz de cumplir.

Es bastante evidente, por ejemplo, que el Estado no podría fijar con autoridad el justo precio de las cosas, ni regular por vía de decreto o de ley este equilibrio entre la producción y el poder de compra que es lo que precisamente se trata de realizar.

Sin duda "es necesario que la libre concurrencia, y más todavía las potencias económicas, estén efectivamente sometidas al poder público en lo que atañe a éste"; pero justamente en lo que atañe a éste. Ahora bien, en materia de justo precio, lo que atañe al poder público, no es fijarlo el mismo; sino provocar la creación y facilitar el juego de las instituciones que permitirán, mediante la "estima común" fijar el justo precio, es decir, el precio que responda a la vez a la justa remuneración de la producción y a las posibilidades reales del consumo.

Y si se trata del movimiento mismo de la producción, no es tampoco al Estado a quien pertenece hacerlo, sino más bien a estas "agrupaciones inferiores" de que habla varias veces la Encíclica y a las que "el Estado no debe sustituir para llenar funciones que ellas mismas son capaces de cumplir", bajo pena de "cometer una injusticia y de turbar a un mismo tiempo de una manera perjudicial el orden social".

Nosotros no tenemos inconvenientes, al contrario, que el Capitalismo, impotente para salir por sí solo del callejón en el que se ha metido, pida al Estado que suscite estas

"agrupaciones", que aún las haga obligatorias, que las estimule en seguida, que las controle, que las dirija aún marcándole netamente el sentido en el que deban orientarse en su esfuerzo para realizar el Bien común.

Pero que se cuide bien de invitar al Estado sustituir estas "agrupaciones" y obrar por sí mismo. Sería caer en un error nuevo que más vale evitar.

Además este llamado a la intervención del Estado podría tener, entre otros resultados peligrosos, el de reforzar el carácter estrechamente nacionalista que tienden a tomar la mayor parte de las Economías particulares, en el momento mismo en que las circunstancias manifiestan de la manera más evidente la necesidad de buscar a un problema que se plantea enteramente en el plano internacional soluciones de orden internacional; y que los nacionalismos económicos, exasperándose, amenazan hacer insoluble y mortal para nuestra civilización la Crisis por que atravesamos.

Agregad, en fin, que en nuestros días, el Estado depende el mismo, — y hechos tan recientes como escandalosos han permitido ver hasta donde llegaba esta dependencia —, de las potencias económicas o financieras, de tal manera que éstas llegan a dominar y mandar a menudo en la política de los Estados. De donde se desprende que se puede preguntar con justa razón si acaso los poderes que el Capitalismo pediría para el Estado no servirían simplemente para enmascarar la dictadura que reclamaba para sí mismo.

Las soluciones dictatoriales, abiertas o disfrazadas, no seducen nada más que a primera vista. Ellas tienen sus partidarios resueltos. Pero cuando la dictadura es, después de todo, la del dinero, es de temer que no se ejerza nada más que en beneficio del dinero. Y se comprende fácilmente que el Soberano Pontífice ponga al mundo en guardia contra ella, y al Capitalismo mismo en guardia contra la tentación que puede tener de recurrir a ella a fin de salir del apuro en que está.

El sacrificio de los trabajadores

Otra tentación lo atrae contra la que también es necesario ponerse en guardia: la de liquidar la Crisis a costa de los trabajadores, bajándole sus salarios y desembarazándose pura y simplemente de las cargas sociales que pesan sobre el Capital.

Una de las concepciones tradicionales del Capitalismo lo hace considerar el dinero invertido en una Empresa como una cosa intangible, que es necesario proteger antes que nada contra todos los riesgos a pesar de todos los daños que este "seguro" del Capital pueda causar a la producción: como una cosa que siempre debe ser considerada como realmente existente, al menos hasta que la quiebra no haya manifestado su desaparición total o parcial; como una cosa en fin que necesariamente debe "producir".

Será necesario que el Capitalismo tome una decisión. Ha jugado poniendo sobre el tapete una producción cada vez más grande. Ha perdido su apuesta, en parte al menos. Debe resignarse, en consecuencia, a abandonarla, ¿Cómo no querrá tratar de salvarla a costa del Trabajo, pidiendo que se reduzcan los salarios y que se disminuyan o supriman las cargas sociales? En vista de que es necesario que se sacrifique alguna cosa, o el Capital o los trabajadores, el Capitalismo encontrará natural, evidentemente, que se sacrifiquen los trabajadores.

Y esta no es una suposición gratuita. Recuerdese la extraña y resonante campaña llevada a cabo por toda una parte de la prensa francesa, y justamente por aquella cuyas relaciones con el mundo capitalista son más manifiestas, en favor de la rebaja de los salarios y contra la mayor parte de las leyes sociales en particular.

Se ha observado que los seguros sociales no podían ser responsables de la Crisis porque ésta no es menos aguda en los países donde los seguros sociales no existen.

Se ha repetido que todas las instituciones sociales creadas en estos últimos tiempos, lejos de agravar a la Crisis debían al contrario, ayudar a atenuarla manteniendo en el

mundo del Trabajo, que representa la parte mayor del mundo del consumo, una cierta capacidad de compra.

Se ha dicho que la disminución de los salarios, disminuyendo la potencia de compra de los trabajadores, y, en consecuencia, de los consumidores, sólo podría hacer más insoluble una crisis cuya característica es precisamente el desequilibrio que existe entre la potencia de rendimiento de la producción sobreequipada, y la potencia de compra del consumo insuficientemente proveído.

A pesar de todo, la campaña ha continuado con la misma violencia y el mismo peligro.

Y sin duda es necesario — Pío XI lo reconocía formalmente — que los trabajadores, defendiendo sus medios de existencia, tengan en cuenta las dificultades en medio de las cuales se debate el Capital; los males mucho más graves que podrían resultar de reivindicaciones legítimas en sí mismas a las que no se podría dar satisfacción sin comprometer irremediabilmente el enderezamiento que se impone.

Reconocemos que en ciertos casos puede haber ventajas para todos, aún para los trabajadores, en una rebaja momentánea de los salarios que permita a la industria en apuro continuar jugando en un país, en una región su función social.

"En la determinación de los salarios, dice el Papa, se tendrá en cuenta las necesidades de la Empresa y de los que la establecen. Sería injusto exigirles salarios exagerados que no podrían pagar sin ir a la ruina y arrastrar con ellos en el desastre a los trabajadores. . ."

"Debe tenerse en cuenta, en fin, dice, un poco más lejos, las necesidades de la Economía general (sin olvidar) que un nivel demasiado bajo o exageradamente elevado de los salarios engendra igualmente la cesantía . . . ; (de manera que) comprimiendo o elevando indebidamente los salarios en vista del interés personal sin tomar en cuenta lo que reclama el Bien general, uno se alejaría igualmente de la justicia social. . ."

Pero, reconocido esto lealmente, no es me-

nos cierto, como lo recordaba el Soberano Pontífice, con insistencia, que en razón misma de su carácter individual y social, y de los fines a que debe servir, el trabajo del hombre representa un valor mínimo por debajo del cual no puede descender su remuneración, salvo momentáneamente y por razón de fuerza mayor, sin que la justicia sea violada y amenazado el orden social y económico; lo mismo que el orden social y económico exige que la inmensa multitud de trabajadores sea puesta, por medio de instituciones permanentes cuyas modalidades pueden ser diversas, al abrigo de los riesgos a que su misma situación les expone, en tanto que su debilidad económica les deje en la imposibilidad de prevenirlos con sus fuerzas individuales.

Y he aquí por qué pensamos que el Capitalismo cometería un error y una falta si pretendiese liquidar la Crisis haciendo soportar al mundo del Trabajo principalmente la carga de esta liquidación necesaria, o aún imponiéndole una parte demasiado pesada.

Basta, por lo demás, para convencerse, referirse a la verdadera naturaleza de la Crisis.

No ha nacido del aumento exagerado de la remuneración del trabajo; porque, por el contrario, el trabajador es, en tanto que consumidor, incapaz de comprar, con la remuneración que recibe, todo lo que el Capital es capaz de producir. Ha nacido más bien de la inflación exagerada del Capital. La Crisis es precisamente una crisis de apoplejía. Hay muchas Empresas y muy vastas; hay usinas, muchas máquinas, porque hay mucho capital invertido en empresas, en usinas y máquinas. El consumo no está en estado, en vista de los recursos de que dispone, de absorber, o, más exactamente, de comprar todo lo que el capital es capaz de producir. Disminuyendo más todavía el poder de compra de estos millones de consumidores que son los millones de trabajadores asalariados, se logrará descongestionar el mercado. El problema que se plantea a la Economía contemporánea es un problema de

reajuste de la producción y de los precios a las capacidades reales del consumidor. No es reduciendo estas últimas como se podrá resolverlo.

En contra de la práctica más o menos constante del Capitalismo que, hasta el presente, parece no haber tenido otro ideal y no haberse propuesto otro fin que aumentar la producción a fin de aumentar el rendimiento del capital invertido en las Empresas de producción o de cambio, parece que se impone la necesidad de comprender que es indispensable extender el consumo, no simplemente por la propaganda, sino aumentando el poder de compra.

Y he aquí que aparece claramente la necesidad de sustituir todo el proceso de la Economía, del primado del productor, al primado del consumidor; lo que significa, en suma, volver a relacionar la Economía a su verdadero fin que es servir las verdaderas necesidades del hombre, y no los intereses del dinero; teniendo bien entendido, por lo demás, que las verdaderas necesidades del hombre no son solamente del orden de las satisfacciones que puede procurarle el desarrollo de la civilización materialista que es la nuestra.

¿Es capaz el Capitalismo de este enderezamiento o, más bien, de esta inversión de los valores? Es necesario reconocer que nada en su esencia misma se opone a ello; y que, por consiguiente, nada obliga, como lo pretende el Socialismo, a proclamar su caducidad y a sustituirle por otro régimen (1).

(1) Si no se puede proclamar la caducidad del Capitalismo, puede al menos proclamarse su fracaso en cuanto se inspira en doctrinas liberales. Lo mismo sucedería con un Capitalismo de tipo socialista. Por otra parte, es muy de temer que no sepa evitar en el porvenir los errores del pasado, y parece más cuerdo sustituirlo por un régimen más conforme con el verdadero objeto de la Economía — que es, como hemos visto, satisfacer las necesidades del hombre, — que enmendarlo simplemente. Si el Capitalismo no es — como dice el Soberano Pontífice — malo en sí mismo, dada la naturaleza humana, resulta malo en su aplicación práctica. Cuando es esta misma naturaleza humana la que va a enmendarlo no se puede tener mucha fe en el remedio. Ya un buen número de sociólogos católicos — recuérdese a Severino Aznar y a Barja de Quiroga — han estudiado seriamente una manera práctica y científica de

Pero los errores que ha cometido, y que son en gran parte los responsables de la Crisis actual, manifiestan hasta la evidencia que es necesario enmendarlo. Será preciso toda-

cambiarlo sin lesionar situaciones de hecho ni intereses más o menos legítimos.

Conviene, por otra parte, distinguir el sistema capitalista del sistema liberal, cosas que generalmente se confunden. El primero no es por esencia malo y, en consecuencia, sólo relativamente ha sido condenado por el Papa. El segundo, en cambio, es malo en sí mismo, y es precisamente en cuanto informa al régimen capitalista que lo hace antihumano. Los Soberanos Pontífices lo han condenado con justa razón tan enérgicamente como al Socialismo o al Comunismo.—(N. del T.).

vía que él consienta en esto, y sepa en el porvenir cuidarse de los errores del pasado. La Iglesia no hace nada más que censurar y señalar estos errores.

Preocupada en primer lugar de ayudar a los hombres, en cuanto puede, salir de las dificultades angustiosas del momento, ella les denuncia los errores cometidos para señalarles mejor los que es necesario no cometer: trata de ponerlos en guardia contra los errores del Capitalismo y contra las ilusiones del Socialismo.